

La Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia. Un estudio de Medellín a Aparecida.

José María Cantó*

Sumario

En un recorrido histórico de 1968 a 2007 (de Medellín a Aparecida) el autor estudia las cuatro últimas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, para descubrir el puesto que nuestros pastores le han dado a la Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia. Todo bajo el desideratum de Aparecida: “para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

A la segunda Conferencia, la de Medellín, el autor la enfoca como: eucaristía y comunidad para la liberación; a la tercera, la de Puebla, como: eucaristía camino de participación para la evangelización; a la cuarta, o Santo Domingo, como eucaristía para la nueva evangelización; se detiene en la quinta, la de Aparecida, para enfocar la eucaristía desde la comunión, la formación

* Sacerdote Jesuita. Argentino. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana. Rector Académico de las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel (Argentina). Docente de la Facultad de Teología. Profesor titular de Teología de los Sacramentos y de Liturgia.



de los discípulos misioneros y la misión. Cierra su estudio con las formulaciones teológicas más destacadas.

Una de las conclusiones a las que llega el autor es ésta: “si hacemos un recorrido por todos los Documentos, desde Medellín hasta Aparecida, constatamos la presencia de la eucaristía como uno de los ejes principales en torno a los cuales se construye la Iglesia, en cada pequeña comunidad, en la vida parroquial, en la Iglesia Local.

Palabras clave: Eucaristía-Medellín-Puebla-Santo Domingo-Aparecida-Vida-Misión-Liberación-Comunión-Evangelización.

The Eucharist in the Life and Mission of the Church. A study from Medellín to Aparecida

Summary

In the historical appraisal from 1968 to 2007 (from Medellín to Aparecida) the author reviews the last four General Conferences of the Bishops in Latin America with the view of examining the place that our pastors have given to the Eucharist in the life and mission of the Church. The exercise is done under the desideratum of Aparecida: “that our people may have life in Him”.

In the second Conference, Medellín, the author identifies eucharist and communion for liberation; in the third, Puebla, the focus is on eucharist as the path towards participation in evangelization; in the fourth, Santo Domingo, it is eucharist for new evangelization. He draws special attention to the fifth, Aparecida, to relate eucharist to communion, the formation of missionary disciples and mission. He concludes his study underlining the most important theological formulations.

One of the conclusions he arrives at is “as we examine all the documents, from Medellín to Aparecida, we are assured that the presence of the eucharist is one of the main pillars upon which the life of the church is built in every small community, in parish life and in the Local Church”.

Key words: Eucharist, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida, Life, Mission, Liberation, Evsngelizatio.

El lema de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe celebrada hace 5 años en Aparecida terminaba con las palabras que hemos elegido como título de este trabajo. El documento final eligió esta idea como uno de sus ejes principales, como modo de expresar la finalidad de la misión, en los términos con que la Iglesia la vuelve a formular en el presente de nuestros pueblos latinoamericanos. De modo que los cristianos, que en el encuentro personal con Jesucristo somos llamados a ser sus discípulos, y enviados a la misión, llevemos la vida de Jesús a nuestros pueblos.

En este contexto, la Eucaristía, pan de vida, ocupa por eso mismo un lugar importante en Aparecida, como fuente donde se nutre la vida de la Iglesia, en especial de todos nosotros como discípulos y misioneros, en un camino que no se queda en el interior de la propia comunidad cristiana, sino se abre a la misión de “dar vida” en Cristo, a todos los hombres y mujeres de nuestro continente.

Por otra parte, esta V Conferencia no la podemos ver como un acontecimiento aislado, sino inserta en el camino de más de medio siglo, comenzado en Río de Janeiro en 1955, y cuyos jalones principales se encuentran en las asambleas celebradas en Medellín, Puebla y Santo Domingo¹. En sus documentos conclusivos, también ocupa un lugar especial la Eucaristía, en el contexto propio de cada uno, y siempre en esta doble dimensión: centro de vida para la comunidad cristiana, que a su vez impulsa y anima hacia la misión evangelizadora de la Iglesia.

¹ Para una introducción general a las primeras cuatro conferencias en su contexto cfr.: A. CADAVID DUQUE, Á., “Historia del magisterio episcopal latinoamericano. Visión sintética de Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo”, Medellín, 19 (1993), 173-196; “El camino pastoral de la Iglesia en América Latina y El Caribe. Las Conferencias Generales del Episcopado”, Medellín, 31 (2005), 331-374; J. JIMENEZ CARVAJAL, “Las cuatro conferencias generales del episcopado: Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo. ‘El camino recorrido’”, Medellín, 30 (2004), 177-218.



En este trabajo pretendemos exponer esta presencia de la Eucaristía, alimento para la vida y la misión, primero con un recorrido por los Documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo, para luego exponer su presencia en Aparecida. Concluiremos con una visión de conjunto que tenga en cuenta las fuentes utilizadas y las formulaciones teológicas fundamentales.

1. Medellín, Puebla y Santo Domingo

1.1. *Medellín: Eucaristía y comunidad, para la liberación*

El momento de la celebración de la Conferencia de Medellín (26 de agosto a 7 de septiembre de 1968), en años muy cercanos al Concilio Vaticano II es causa sin duda que gran parte de su temática quedara determinada por la aplicación de los frutos conciliares². En nuestro caso, lo podemos ver en los textos relativos a la Eucaristía, y aquellos que se refieren al contexto más amplio de la liturgia, todos muy influenciados por la aplicación de la reforma litúrgica del Vaticano II en América Latina.

Si nos detenemos brevemente en su documento sobre la Liturgia, parte justamente de la constatación que de una “pluralidad de situaciones en la renovación litúrgica”, pero considerando que “en general resulta insuficiente” (Med., 9. Liturgia, 1). Ya el Documento Básico Preliminar³ aportaba en su Anexo N° 1 una visión sobre la Celebración del Misterio Litúrgico en la Realidad Latinoamericana que reflejaba una visión más bien negativa. Afirmaba que en las comunidades no parece que se haya producido un aumento de la práctica religiosa. En todo caso los que más se han enriquecido son grupos selectos que han logrado una mayor participación, pero no se ve que haya alcanzado al pueblo en general, sobre todo no se advierte un progreso en la

² De los muchos comentarios sobre Medellín podemos citar: AA. VV. “A 30 años de Medellín”, RLTeol., 15 (1998), pp 251-278; J. O. BEOZZO, “Medellín, Inspiração y raíces”, REB, 58 (1998), pp. 822-850; G. GUTIERREZ, “Actualidad de Medellín”, RLTeol., 15 (1998), pp. 219-229; S. TAVARES, “Medellín: Uma creativa ‘recepção’ do Concílio”, pp. REB, 68 (2008), 40-51.

³ “Documento Básico Preliminar para la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (CELAM), Medellín, agosto de 1968”. Separata especial en Medellín, 76 (1993). Citaremos DBP.

conciencia de unidad y solidaridad en la comunidad⁴. También era negativa la situación tanto de los sacerdotes, poco preparados para la reforma y librados a su autoformación, como de los obispos, que aunque habían impulsado en general la reforma litúrgica, aparecían como tímidos e inseguros ante las novedades, y en su mayor parte más preocupados por la represión de excesos y abusos, desde una mentalidad jurídicista. Finalmente se veía como muy pobre la actuación del CELAM por no promover estudios antropológicos de nuestra realidad cultural ni hacer aportes propios al Consilium encargado de la reforma. Y las Conferencias Episcopales donde se notaba poco apoyo a las comisiones de liturgia y sin hacer ninguna propuesta de adaptación real de la liturgia a la realidad de sus naciones⁵. En conclusión, se consideraba la causa de esta situación negativa la falta de estudios antropológicos y sociológicos a partir de los cuales poder hacer una adaptación que tuviera en cuenta la gran variedad cultural de América Latina, considerando por ejemplo la población indígena, los negros y la población rural no indígena⁶. Con la consecuencia de una liturgia desencarnada de la vida del pueblo sin llegar a ser celebración auténtica del Misterio⁷.

El capítulo sobre la Liturgia del documento de Medellín, sin expresarse en términos tan negativos, recoge varios de los puntos que se habían observado como carencias, y después de una fundamentación realizada sobre todo en base a citas del Vaticano II, recomienda la necesidad de la “catequesis previa sobre el misterio cristiano y su

⁴ “Pero las acciones litúrgicas deberían calar todavía más hondo en el pueblo cristiano; ellas, y en particular la celebración de la eucaristía ‘sacramentum efficiens unitatem’, deberían ser creadoras de la comunidad. Ellas deberían concientizar la comunidad de su unidad y de su solidaridad: la participación en ellas debería estar condicionada a ese compromiso de mutua solidaridad. Esta dimensión de la liturgia no hay indicios de que haya sido descubierta todavía por las masas practicantes”. DBP, p. 27.

⁵ “Lo más grave de todo es que no sabemos de ninguna Conferencia que se haya planteado el problema de la adaptación antropológica, social y cultural de la liturgia a sus diversas regiones. Daría la impresión que es lo mismo celebrar la Misa en la catedral primada, que en una población rural indígena”. DBP, p. 33.

⁶ “La reforma litúrgica se encuentra desadaptada por su base, porque ritos uniformes y leyes uniformes, suponen mentalidades y cultura también uniformes; en América Latina encontramos verdaderos abismos en los niveles culturales y en las formas como se expresan las diversas culturas. (...) la liturgia debería tener la capacidad de adaptarse a las diversas culturas del hombre latinoamericano”. DBP, p. 31.

⁷ “Mientras todos estos factores no se estudien y tengan muy en cuenta, nada de extraño que nuestra liturgia se encuentre desencarnada de la realidad, y por lo tanto no sea una celebración auténtica del Misterio”. DBP, p. 34.



expresión litúrgica”, la adaptación a las diversas culturas, acogiendo la pluralidad en la unidad y no la mera uniformidad, en una situación dinámica que lleve a “la unión entre la fe, la liturgia y la vida cotidiana” (Med., 9. Liturgia, 7 a-e). Con diversas recomendaciones a los obispos, a las Conferencias Episcopales y al CELAM al que se le solicita diversos servicios de información, investigación, asesoramiento y editorial. Y sugerencias particulares de fomentar celebraciones comunitarias, en pequeños grupos y con la Liturgia de la Palabra. Visto en su conjunto, quizás el texto que refleja más claramente el espíritu de Medellín sea la afirmación del compromiso de la liturgia con el desarrollo y la promoción⁸, y los aportes más novedosos, el deseo que se confiera a las “Conferencias Episcopales facultades más amplias en materia litúrgica, a fin de poder realizar mejor las adaptaciones necesarias” (Med., 9. Liturgia, 10, a), y la recomendación de la celebración comunitaria de la penitencia “porque contribuye a resaltar la dimensión eclesial de este sacramento y hace más fructuosa la participación en el mismo” (Med., 9. Liturgia, 13).

Si vemos ahora los textos donde se hace referencia directa a la Eucaristía, un primer grupo la relacionan con la conformación de la comunidad y el espíritu de comunión. Tanto al tratar la Pastoral Popular (Med., 6, Pastoral Popular, 9), como la Liturgia (Med., 9, Liturgia, 3), se cita textualmente PO 6: “no se edifica ninguna comunidad cristiana si ella no tiene por raíz y quicio la celebración de la Santísima Eucaristía”. En la Eucaristía está el fundamento (*radicem cardinemque*), fuente de la vida de la Iglesia, y cuya acción inmediata se dirige a la formación de los fieles “en el espíritu de la comunidad (*ad spiritum communitatis*)” como afirma el texto citado a continuación. A esta acción constitutiva de la comunidad se refieren otros textos de Medellín, en diversos niveles: Ante todo la celebración diocesana presidida por el Obispo (Med., 9, Liturgia, 8 b) con referencia a SC 41, donde la fuerza unificadora de la Eucaristía se expresa parafraseando textos de San Ignacio de Antioquía: “una misma oración, junto al único altar, donde preside el Obispo rodeado de su presbiterio y ministros” (SC 41, nota 33). Pero también la celebración en toda comunidad, lugar

⁸ “En la hora presente de nuestra América Latina, como en todos los tiempos, la celebración litúrgica corona y comporta un compromiso con la realidad humana [GS 43], con el desarrollo y con la promoción, precisamente porque toda la creación está insertada en el designio salvador que abarca la totalidad del hombre [GS 41]”. Med., 9. Liturgia, 4.

al que los hombres estamos llamados para salvarnos (Med., 6, Pastoral Popular, 9), y especialmente en pequeños grupos y comunidades de base, donde la Eucaristía “puede tener verdadera eficacia pastoral” (Med., 9, Liturgia, 12).

Y por otra parte, de la misma celebración Eucarística surge también el impulso para la misión. Así lo podemos ver en el documento sobre la liturgia, donde la cita de PO 6 a la que nos referimos se transcribe incluyendo el párrafo siguiente “Esta celebración, para ser sincera y plena, debe conducir tanto a las varias obras de caridad y a la mutua ayuda, como a la acción misionera y a las varias formas del testimonio cristiano” (Med. 9, Liturgia, 3). La celebración no puede reducirse a edificar la comunidad. No será verdadera (*ut sincera et plena sit*) si no mueve tanto a la caridad y la acción solidaria, como a la misión y al testimonio⁹. Si la Iglesia no llega a poner en práctica estas realidades, la celebración de la Eucaristía quedará trunca y sus frutos serán mucho más pobres¹⁰.

En el mismo sentido se encuentra otro texto de Medellín que se refiere específicamente a la tarea de los sacerdotes en su servicio al mundo, y en particular del “gigantesco esfuerzo por acelerar el proceso de desarrollo en el continente” (Med. 11. Sacerdotes, 18), dentro del cual buscarán una “síntesis del esfuerzo humano... con los valores religiosos” (idem, citando GS 43), procurando “por la palabra y la acción apostólica suya y de la comunidad eclesial, que todo el quehacer temporal adquiera su pleno sentido de liturgia espiritual, incorporándolo vitalmente en la celebración de la Eucaristía”. De modo que ahora el sentido es inverso: toda la tarea de promoción del desarrollo temporal tiene que ser llevada a la Eucaristía para incorporarla a su celebración, que así puede ser vista como momento culminante de la tarea humana de transformar la creación para conducirla a su plenitud.

⁹ También el testimonio de los religiosos, tanto activos como contemplativos será auténtico si se encuentra en ellos el trato íntimo con Dios en la oración, y la “profundización en el sentido de la caridad, cuya mejor expresión es la celebración eucarística” Med., 12. Religiosos, 5.

¹⁰ “La construction de l’Église par l’Eucharistie ne se ferme donc pas sur elle-même: elle s’ouvre, au contraire sur un appel à une vie sous la motion de l’Esprit qui fasse rayonner partout l’influence du Mystère du Christ et que soit assumption de toutes les valeurs humaines”. M. J. LE GUILLOU: La vocation missionnaire de l’Église, en L’Église de Vatican II, (Paris, 1966) T. II, p. 693.



Completamos este panorama con una referencia de síntesis que encontramos en el documento sobre la Pastoral de conjunto, donde se desarrolla una visión de la Iglesia comunión, que parte de las comunidades eclesiales de base, sigue en las parroquias y las estructuras mayores como vicarías, diócesis, conferencias episcopales, para llegar a los organismos continentales como el CELAM. El punto de partida está en este texto, que presenta a la Iglesia como “misterio de comunión católica”, en cuya comunidad, por la Palabra y la gracia de los sacramentos, particularmente la Eucaristía, “todos los hombres pueden participar fraternalmente de la común dignidad de hijos de Dios [cfr. LG 9, 32], y todos también, compartir la responsabilidad y el trabajo para realizar la común misión de dar testimonio del Dios que los salvó y los hizo hermanos en Cristo [Cfr. LG 17; AA 3]” (Med., 15. Pastoral de conjunto, 6). En el fundamento de la Iglesia que se constituye como comunión en forma de comunidad, se encuentra la Eucaristía, fuente y causa de toda verdadera fraternidad, al mismo tiempo que de la misión y el testimonio. Si no se encuentra esta primera expresión de la comunión eclesial, todo lo demás podrá ser un armazón pastoral, de gran valor instrumental, pero vacío de su contenido más profundo.

Podemos concluir entonces a partir de los textos examinados del documento de Medellín, que la Eucaristía es presentada, en el contexto de la aplicación del Concilio Vaticano II y su reforma litúrgica, tanto como fuente y origen de la Iglesia vista sobre todo como comunidad, y al mismo tiempo como el impulso que conduce a los cristianos a la misión, sea como caridad, solidaridad o testimonio. Por otra parte, el esfuerzo por el desarrollo de América Latina adquiere un verdadero sentido litúrgico al incorporarlo a la celebración eucarística. Así, de la Eucaristía surgen el servicio de la caridad y el testimonio, en la Eucaristía culmina el esfuerzo por la promoción social y el desarrollo de nuestros pueblos. De modo que ambos aspectos no están separados, sino se integran y refuerzan mutuamente en un espíritu de comunión.

1.2. Puebla: Eucaristía comunión y participación, para la evangelización

Diez años después de Medellín se realizó la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de Ángeles

(México), del 27 de enero al 13 de febrero de 1979, inaugurada por Juan Pablo II en el primero de sus viajes a América Latina. A una mayor distancia del Concilio Vaticano II, Puebla asume el tema de la Evangelización, en el presente y futuro de América Latina, en continuidad con el Sínodo sobre la Evangelización, y la exhortación de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*. Su contenido teológico-pastoral, por otra parte, se articula en torno a la comunión y la participación¹¹.

En una primera mirada, podríamos decir que no hay un desarrollo especial del tema de la eucaristía en el documento de Puebla¹². Encontramos un cierto número de referencias, sobre todo cuando trata de los medios de comunión y participación (Parte III, Capítulo 3), especialmente en el apartado primero sobre Liturgia, oración particular y piedad popular. Con todo, como dice M. Manzanera, no hay que pensar “que Puebla considera a la Eucaristía como un medio más de evangelización para la comunión y participación”¹³. Esta sería una mirada demasiado reductiva. En cambio podemos buscar una afinidad más profunda, un espíritu y perspectiva propia desde las cuales pensar la relación entre la Evangelización y la Eucaristía, como las presenta Puebla.

Siguiendo a R. De Roux, en su estudio sobre la Eucaristía en Puebla, se puede considerar que los contenidos nucleares de Puebla coinciden de hecho con la perspectiva de la Eucaristía: “Puede entonces hablarse de una Iglesia Latinoamericana que comprende hoy su propia identidad y proyecta su misión evangelizadora en términos eucarísticos”¹⁴. Y esto es así porque en este documento se seleccionaron del misterio cristiano las tematizaciones que de manera

¹¹ Cfr. C. EROLES, *Los desafíos de Puebla*, Buenos Aires, 1980; A. ESPÓSITO CASTRO, *Guía para leer a Puebla*, Buenos Aires, 1979. Además de los estudios sobre las Conferencias Generales ya citados en la nota 1, pueden verse los diversos artículos de “Puebla y sus desafíos hoy”, *Med.*, 30 (2004), pp. 175-309, a los 25 años de la Conferencia de Puebla.

¹² Ciertamente no hay que buscar un desarrollo teológico en un documento que tiene ante todo una finalidad pastoral: “El contenido de los Núcleos y los temas no pretende ser un tratado sistemático de teología dogmática o pastoral... Se ha buscado considerar aspectos de mayor incidencia en la Evangelización, ubicándonos en una definida perspectiva de pastores” (DP, Presentación).

¹³ M. MANZANERA, “Eucaristía y opción por los pobres”, *Yachay*, 4 (1985), p. 18.

¹⁴ R. DE ROUX, “Eucaristía desde Puebla”, *Theologica Xaveriana*, 29 (1979), p. 293. Seguimos este trabajo en la exposición sobre la relación entre la Eucaristía y el contenido fundamental de Puebla.



privilegiada se significan y se realizan sacramentalmente en la Eucaristía. Los polos complementarios de la comunión y la participación que se eligieron como eje teológico-pastoral, integrando en ellos la preocupación por la libertad a partir de las exigencias y urgencia de una liberación integral, nos permiten afirmar que la identidad y la misión de nuestra Iglesia se pone bajo el signo de la Eucaristía. Por lo tanto no hay una disyuntiva radical entre la liberación integral y la comunión-participación¹⁵. Pues en la Eucaristía somos asumidos en Cristo e integrados en el misterio reconciliador-liberador de la Pascua¹⁶. Como lo afirman los textos del Nuevo Testamento, “libertad, comunión y participación son allí las tres dimensiones constituyentes de una única realidad: la filiación del Padre que nos viene en Cristo, por el Espíritu, y que nosotros hemos de verificar en la historia como fraternidad efectiva y universal”¹⁷.

En este contexto, podemos indicar los puntos principales de teología eucarística como aparecen en Puebla. Y lo haremos también en dos partes: Primero aquellos que hacen a la vida de la Iglesia comunión y luego a su misión, liberación integral-evangelización.

En cuanto al primer punto, Puebla acentúa la presencia del Señor en la Eucaristía, vivo y actuante, de quien nace la comunión y participación como don y tarea¹⁸. Por esta presencia especial en la Eucaristía y los sacramentos Cristo sigue viniendo al encuentro de los hombres para salvarlos, y esto se realiza en la comunión eclesial¹⁹. Por eso se recuerda también el texto de PO 6, al tratar la identidad

¹⁵ “La comunión-participación no es otra cosa que la explicitación de la especificidad cristiana de la libertad integral, como paradigmáticamente se sacramentaliza en la eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana y eclesial (SC 10; DP 923)”. R. DE ROUX, “Eucaristía desde Puebla”, p. 296.

¹⁶ “En el Cuerpo Entregado y la Sangre Derramada, la entrega sacrificial del Hijo al Padre se realiza intra-históricamente como entrega convivial a los suyos; y el ser-libre-para-los-demás, de Cristo, se hace en nosotros libertad-liberada para la comunión y participación integrales”. R. DE ROUX, “Eucaristía desde Puebla”, p. 298.

¹⁷ R. DE ROUX, “Eucaristía desde Puebla”, p. 298.

¹⁸ “Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia, principalmente en la Sagrada Eucaristía y en la proclamación de su Palabra; está presente entre los que se reúnen en su Nombre (Cfr. Mt. 18,20) y en la persona de sus pastores enviados (Mt. 10,40; 28,19ss) y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (Cfr. Mt. 25,40).” (DP 196).

¹⁹ La celebración Eucarística, centro de la sacramentalidad de la Iglesia y la más plena presencia de Cristo en la humanidad, es centro y culmen de toda la vida sacramental (Cfr. SC 10). (DP 923).

del servicio sacerdotal como referida a la Eucaristía “raíz y quicio de toda comunidad”, reforzado más aún con la clara afirmación: “Por eso, se puede decir que donde hay Eucaristía hay Iglesia”²⁰.

Se trata de una presencia pascual (cfr. DP 592), con un sentido liberador, una liberación que tenemos que entender en sentido cristiano, como lo señalaba Juan Pablo II en su Discurso inaugural²¹. Y en lo más profundo se trata de liberarnos del pecado que destruye la dignidad humana. “Nos liberamos por la participación en la vida nueva que nos trae Jesucristo y por la comunión con El, en el misterio de su muerte y resurrección” (DP 329), texto que legítimamente podemos leer en clave eucarística. Ya que en el sacramento del altar entramos en comunión con su pascua, y de modo especial con la cruz del Señor, “que sitúa nuestro dinamismo de comunión-participación liberadora bajo el signo del sacrificio en su acepción estrictamente cristiana (...) En una palabra, eucaristía en la que el sacrificio originante de Cristo, asumido en la propia vida, resulta siendo sacrificio nuestro consecuente, por participación y comunión”²².

Por último, la Eucaristía como centro de la vida de la Iglesia es presentada en Puebla con mucha fuerza como fundamento de la unidad eclesial. En esta línea incorpora una imagen fecunda: el Pueblo de Dios, como Familia de Dios, y al tratar de la diversidad que se encuentra en ella, que es parte de su riqueza, pero que puede ocasionar problemas a la unidad (Cfr. DP 244), confirma que la fuerza que asegura su cohesión es la comunión de fe y amor, es decir, en la plena verdad de Jesucristo y en la vida de los sacramentos. Todo esto queda significado justamente en la Eucaristía, que congrega al Pueblo de Dios como Familia en torno a la única mesa, donde todos reciben la única vida de Cristo²³. Y así se construye esta unidad, que

²⁰ “El ser y el obrar del sacerdote, en la identidad de su servicio, está referido a la Eucaristía, raíz y quicio de toda comunidad (Cfr. PO 6), centro de la vida sacramental, hacia la cual lleva la Palabra. Por eso, se puede decir que donde hay Eucaristía hay Iglesia.” (DP 662).

²¹ Cfr. JUAN PABLO II, “Discurso inaugural de Puebla. 28 de enero de 1979”, III, 6, donde cita varias veces las precisiones hechas por Pablo VI sobre el verdadero sentido de la liberación como contenido de la evangelización, en EN, 30-38.

²² R. DE ROUX, “Eucaristía desde Puebla”, p 303.

²³ “La Eucaristía la significa en su realidad más profunda, pues congrega al Pueblo de Dios, como Familia que participa de una sola mesa, donde la vida de Cristo, sacrificialmente entregada, se hace la única vida de todos.” (DP 246).



tiene también un carácter jerárquico, pues como consecuencia del mandato recibido por los apóstoles de celebrar la Eucaristía, los pastores de la Iglesia, sus sucesores se constituyen en centro visible de la unión eclesial²⁴. Y por lo mismo los pastores, que cuentan con “el poder o autoridad que Cristo comunica mediante la ordenación”, deben poner ese poder al servicio de la unidad de la comunidad²⁵.

Pero la comunión y participación no es sólo para la vida interna de la comunidad, también conforma el sentido profundo de su misión evangelizadora. Así lo expresa Puebla al introducir el primer capítulo de la tercera parte, donde trata justamente sobre la evangelización.

El misterio de la Iglesia como comunidad fraterna de caridad teologal, fruto del encuentro de la Palabra de Dios y de la celebración del Misterio Pascual de Cristo Salvador en la Eucaristía y en los demás sacramentos, confiada al Colegio Apostólico, presidido por Pedro para evangelizar al mundo, logra su arraigo y tiende a desarrollar su dinamismo transformador de la vida humana, tanto personal como social, en diversos niveles y circunstancias que constituyen centros o lugares preferenciales de evangelización, en orden a edificar la Iglesia y a su irradiación misionera (DP 567).

Texto que presenta a la Iglesia “comunidad fraterna”, como fruto de la celebración del misterio pascual en la Eucaristía, que es edificada y crece en torno a lugares y a agentes de evangelización. Lo podemos observar en referencia a la familia (DP 588), las comunidades eclesiales de base (DP 640-641), o la parroquia (DP 644), que fundan de algún modo su acción en la vida eucarística.

²⁴ “La Eucaristía nos orienta de modo inmediato a la jerarquía sin la cual es imposible. Porque fue a los apóstoles a quienes dio el Señor el mandato de hacerla “en memoria mía” (Lc. 22,19). Los pastores de la Iglesia, sucesores de los apóstoles, constituyen por lo mismo el centro visible donde se ata, aquí en la tierra, la unidad de la Iglesia.” (DP 247). También “Como ésta [la Eucaristía] es servida por el Obispo, en unión con el Presbiterio, es igualmente cierto decir «Donde esté el Obispo está la Iglesia»” (DP 662)

²⁵ “El sacerdocio, en virtud de su participación sacramental con Cristo, Cabeza de la Iglesia, es, por Palabra y la Eucaristía, servicio de la Unidad de la Comunidad (Cfr. Ef. 4, 15-17). El Ministerio de la comunidad implica la participación en el poder o autoridad que Cristo comunica mediante la ordenación y que constituye al Sacerdote en la triple dimensión del ministerio de Cristo Profeta, Liturgo y Rey, en alguien que actúa en su Nombre, al servicio de la Comunidad.” (DP 661).

Resulta de especial importancia lo que se trata con respecto a las familias, pues la Iglesia, Familia de Dios, pone un especial interés en el cuidado de las familias. Y ellas encuentran en la Eucaristía su plenitud de comunión y participación. Estableciendo un paralelo con los momentos de la celebración eucarística, el texto señala un aspecto penitencial, invitando a la purificación de “de todo lo que aparta de Dios”, luego el ofertorio, “en actitud oferente”, y finalmente la participación en la Eucaristía, como ejercicio del sacerdocio común. Por eso son llamadas a prolongar en la vida lo que celebran, en espíritu de comunión familiar y a “vivir la Eucaristía”, es decir, compartir los dones recibidos del Señor en el Espíritu, “aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos”, vivir, en definitiva en un verdadero espíritu de Alianza, centrados en “la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado”²⁶. Por tanto, las alusiones a la celebración aparecen profundamente integradas en una auténtica vivencia eucarística, en todos los aspectos de la vida familiar.

Además de la familia, el documento de Puebla confirma la importancia de los espacios comunitarios en los que “el hombre vive su vocación fraterna en el seno de la Iglesia Particular” (DP 617). En las pequeñas comunidades “crece la experiencia de nuevas relaciones interpersonales en la fe, la profundización de la Palabra de Dios, la participación en la Eucaristía, la comunión con los Pastores de la Iglesia Particular y un compromiso mayor con la justicia en la realidad social de sus ambientes” (DP 640), de modo que la vida eucarística se integra de modo equilibrado en el crecimiento de la fe con la escucha de la Palabra de Dios, la comunión con los pastores, y el compromiso con la justicia. Esto se explicita al describir sus características como comunidad “eclesial”: “Es comunidad de fe, esperanza y caridad; celebra la Palabra de Dios y se nutre con la Eucaristía, culmen de

²⁶ “En la Eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud oferente, ejerce el sacerdocio común y participa de la Eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así, la comunión familiar. Vivir la Eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado.” (DP 588). Puede verse: J. PRECHT, “La Doctrina del Episcopado Latinoamericano sobre el Matrimonio y la Familia (1968-1979), Med. 6 (1980), pp. 56-80.



todos los Sacramentos; realiza la Palabra de Dios en la vida, a través de la solidaridad y compromiso con el mandamiento nuevo del Señor y hace presente y actuante la misión eclesial y la comunión visible con los legítimos pastores, a través del servicio de coordinadores aprobados.” (DP 641). Queda más clara aún la integración entre la vida de fe, la celebración litúrgica sacramental y el compromiso solidario en la caridad, en la comunión visible con la Iglesia y sus pastores. Digamos una vez más que son todos aspectos que están relacionados con la Eucaristía, sacramento de la fe y de la caridad, sitio de expresión y crecimiento de la comunión eclesial, desde la comunidad pequeña, hasta la globalidad de la Iglesia²⁷.

En continuidad con estas citas, encontramos las referencias a la vida litúrgica como fuente de comunión eclesial y también de su proyección evangelizadora. Al tratar de la liturgia, y más específicamente de la Eucaristía se explicita su carácter comunitario y festivo, lugar donde se consolida la comunión y al mismo tiempo espacio pascual de liberación, que se proyecta en el caminar del Pueblo de Dios, en el compromiso transformador de la vida y la realización plena del Reino²⁸. Los sacramentos son lugar de encuentro de Cristo con los hombres para su salvación, y entre ellos, “la celebración Eucarística, centro de la sacramentalidad de la Iglesia y la más plena presencia de Cristo en la humanidad, es centro y culmen de toda la vida sacramental (Cfr. SC 10).” (DP 923). Por eso se presenta como propuesta pastoral la celebración de la liturgia desde la especial importancia de la liturgia dominical, pues allí se consolida la vida de la comunidad, como “encuentro con Dios y con los hermanos, como

²⁷ Así lo expresa a continuación cuando se habla sobre la parroquia, que “Es centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y de movimientos. Aquí se abre más el horizonte de comunión y participación.” Y donde “la celebración de la Eucaristía y demás sacramentos hace presente de modo más claro, la globalidad de la Iglesia.” (DP 644).

²⁸ “La liturgia, como acción de Cristo y de la Iglesia, es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (Cfr. SC 7); es cumbre y fuente de la vida eclesial (Cfr. SC 10). Es encuentro con Dios y los hermanos; banquete y sacrificio realizado en la Eucaristía; fiesta de comunión eclesial, en la cual el Señor Jesús, por su misterio pascual, asume y libera al Pueblo de Dios y por él a toda la humanidad cuya historia es convertida en historia salvífica para reconciliar a los hombres entre sí y con Dios. La liturgia es también fuerza en el peregrinar, a fin de llevar a cabo, mediante el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios.” (DP 918)

fiesta de comunión eclesial” (DP 939) y al mismo tiempo se fortalece su peregrinar y su compromiso de vida cristiana²⁹.

Un aporte importante de Puebla es su presentación de la relación entre la evangelización y la religiosidad popular. Entre los aspectos positivos indica la devoción a Cristo, celebrado en la Eucaristía, y también “la integración honda de los sacramentos y de los sacramentales en la vida personal y social” (DP 454). Se rescata por tanto la coherencia fundamental entre la práctica sacramental y la vida cotidiana. La religiosidad popular tiene que ser evangelizada, pero conserva un valor evangelizador. Y por eso se propone “favorecer la mutua fecundación entre Liturgia y piedad popular”, ya que “la religión del pueblo, con su gran riqueza simbólica y expresiva, puede proporcionar a la liturgia un dinamismo creador” (DP 465). Se avanza aquí bastante respecto a lo dicho en el documento de Medellín, que proponía solamente dar “un contenido litúrgico” a las devociones populares “de modo que sean vehículos de fe y de compromiso con Dios y con los hombres [SC 13]” (Med., 9. Liturgia, 15), y más bien se propone aprovechar los aportes simbólicos y expresivos presentes en la religiosidad popular para enriquecer la liturgia. Se sigue expresando el deseo de una adaptación litúrgica, que se formulará luego como inculturación, y sobre la que tendremos que volver.

La comunión y participación se proyecta en la acción evangelizadora de la Iglesia, a la que son llamados todos los miembros del Pueblo de Dios, en especial a partir de los sacramentos de iniciación. “Esta llamada por el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, a que seamos pueblo suyo, es llamada a la comunión y participación en la misión y vida de la Iglesia y, por lo tanto, en la Evangelización del mundo.” (DP 852). Se trata de una vocación para todos los cristianos, que luego se hace específica en las vocaciones particulares. Son diferentes agentes que llevan adelante la comunión y la participación, y para todos ellos se reafirma el lugar central de la Eucaristía: Es centro de la espiritualidad de los ministros consagrados como evangelizadores,

²⁹ Así lo propone Puebla en la Conclusiones de esta sección: “Celebrar la fe en la Liturgia como encuentro con Dios y con los hermanos, como fiesta de comunión eclesial, como fortalecimiento en nuestro peregrinar y como compromiso de nuestra vida cristiana. Dar especial importancia a la liturgia dominical.” (DP 939).



junto con la devoción a la virgen³⁰; es lugar especial de experiencia de Dios para la vida consagrada³¹ y para los seminaristas³²; sobre todo los laicos encontrarán en la Eucaristía una especial intimidad con el Señor que los ayude a renovar la identidad cristiana en medio de una misión “a menudo conflictiva y llena de tensiones para su fe”³³.

En la última parte del documento, sobre la Iglesia misionera al servicio de la Evangelización en América Latina, es donde encontramos menos referencias directas a la Eucaristía. Como bien sabemos, Puebla propone dos “opciones preferenciales”: por los pobres, y por los jóvenes. Al tratar la opción preferencial por los jóvenes, se propone como un elemento central, presentarles a Cristo como liberador integral, y la Eucaristía como uno de los lugares especiales de encuentros con Jesús y la Comunidad³⁴. De modo que a partir de este encuentro pueda seguir su camino con Cristo, hacia el Padre y los hermanos, por la ley del amor. En cambio no se hace relación con la Eucaristía al exponer la opción preferencial por los pobres (DP 1134-1165). Nos parece que no se lleva a las últimas consecuencias lo que ya se ha dicho sobre la Eucaristía animando la misión de la Iglesia, por ejemplo como fuente de solidaridad y compromiso por la justicia en las pequeñas comunidades (DP 640-644); o al presentar la liturgia como fuerza para el compromiso transformador de la

³⁰ “La espiritualidad ministerial común a todos los miembros de la Jerarquía debe centrarse en la Eucaristía y estar marcada por una auténtica devoción a la Santísima Virgen María, tan arraigada en el pueblo a quien evangelizamos y garantía de una permanente fidelidad, característica clave del evangelizador” (DP 700).

³¹ “Oración que ha de ser visible y estimulante. También se está encontrando de nuevo el sentido de la gran tradición de la Iglesia de orar con salmos y textos litúrgicos, sobre todo en la Eucaristía participada” (DP 728).

³² “El seminarista guiado por una buena dirección espiritual, adquirirá la experiencia de Dios viviendo constantemente la comunión con El en la oración y la Eucaristía y en una devoción sólida y filial a la Virgen María” (DP 876).

³³ “En medio de su misión, a menudo conflictiva y llena de tensiones para su fe, busque renovar su identidad cristiana en el contacto con la Palabra de Dios, en la intimidad con el Señor por la Eucaristía, en los Sacramentos y en la oración” (DP 798).

³⁴ “La juventud camina, aún sin darse cuenta, al encuentro de un Mesías, Cristo, quien camina hacia los jóvenes (Cfr. Pablo VI) Sólo El hace verdaderamente libre al joven. Este es el Cristo que debe ser presentado a los jóvenes como liberador integral (Cfr. Gál. 5,1.13; 4,26.31; 1 Cor 7,22; 2 Cor. 3,17): quien por el espíritu de las Bienaventuranzas ofrece a todo joven la inserción en un proceso de conversión constante; comprende sus debilidades y le ofrece un encuentro muy personal con El y la Comunidad, en los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía El joven debe experimentar a Cristo como amigo personal que no falla nunca, camino de total realización. Con El y por la ley del amor, camina al Padre común y a los hermanos Así se siente verdaderamente feliz” (DP 1183).

vida en la realización plena del Reino (DP 918). Del mismo modo se puede fundamentar la opción preferencial por los pobres en un culto eucarístico comprendido en una inseparable unidad entre el culto dominical en el que compartimos el cuerpo y la sangre de Cristo, con el culto existencial al que estamos llamados cada día de nuestra vida, que comprende desde la misma exigencia del amor cristiano que compartamos nuestros bienes con los más necesitados³⁵.

En cambio, resulta interesante que se insista en la necesidad de vivir la Eucaristía para aquellos hijos de la Iglesia a los que se invita a constituirse “constructores de la sociedad pluralista en América Latina”. A ellos se los invita a recurrir a “la fuente de la fuerza divina de la oración asidua, la meditación de la Palabra de Dios que cuestiona siempre y la participación eucarística”, sobre todo para que no caigan en la tentación de “encerrarse en el ámbito de las realidades terrenas sin apertura a las exigencias del Evangelio” (DP 1225). Y se concluye con una palabra de ánimo y confianza, ofreciéndoles el Evangelio, la oración y la Eucaristía como “fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora”³⁶.

Una visión de conjunto de los textos que hemos recogido a lo largo del documento y que expusimos en un cierto orden, nos permite reunir algunas conclusiones, subrayando los aportes de Puebla que nos indican un nuevo enfoque en la consideración de la Eucaristía respecto de la vida y la misión de la Iglesia. Los ejes teológicos de Puebla, la comunión y participación, aparecen muchas veces fundados en la Eucaristía, especialmente en cuanto presencia viva del Señor, fuerza y fundamento de la unidad de la comunidad. En esta línea resulta destacable la presentación de la Iglesia como “familia de Dios” que se reúne en torno al altar como mesa familiar,

³⁵ “Il nesso inestricabile tra le due forme del culto autodonante che i cristiani sono chiamati a praticare. La prima forma è il culto liturgico che si compie la domenica nella Chiesa per mezzo della condivisione sacramentale del corpo e del sangue di Cristo. La seconda forma è il culto esistenziale vissuto ogni giorno nella società per mezzo della condivisione etica dei beni spirituali e materiali con i più bisognosi”. P. ROSATO, *Cena del Signore e amore sociale*, Ponteranica (BG), Edizioni Centro Eucaristico, 1994, p. 6.

³⁶ “A los hijos de la Iglesia que se empeñan en puestos de avanzada queremos transmitirles nuestra confianza en su acción, haciendo de ellos nuestros mensajeros de nuevas esperanzas. Sabemos que en el Evangelio, en la oración y en la Eucaristía, tratarán de encontrar la fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora” (DP 1253).



y complementariamente la atención a la familia, a la que se invita a vivir la Eucaristía, compartiendo con los demás los dones recibidos y haciendo al mismo Cristo centro de la vida familiar.

También la misión de la Iglesia hunde sus raíces en la comunión, que se transforma en meta de su tarea evangelizadora. En esta línea, nos parece valiosa la exposición de la misma vida litúrgica con su carácter festivo de comunión, como lugar teológico de la acción liberadora de Jesús en su misterio pascual. Con lo cual se responde implícitamente a aquellos que consideran a la liturgia como desencarnada, fuera de la realidad, o hacen opción por una tarea liberadora directa y de algún modo contrapuesta a la vida litúrgica y sacramental. En cambio Puebla presenta claramente a la Eucaristía como centro de la vida de las Comunidades Eclesiales de Base y fundamento de su acción a favor de la solidaridad y la justicia. De igual modo, alienta la tarea de los cristianos como constructores de una sociedad más justa, animándolos al mismo tiempo a tomar fuerzas en la Eucaristía junto con la Palabra del Evangelio y la oración, como fuentes de fortaleza y al mismo tiempo mediaciones para conservar la apertura a las exigencias evangélicas en una constante actitud de revisión de vida.

Un límite del documento, que ya indicamos, está en la ausencia de referencias a la Eucaristía al desarrollar la opción preferencial por los pobres. Es cierto que en otros lugares se expone la relación entre la vida eucarística, las actitudes de comunión y solidaridad, la búsqueda de la justicia. Pero de todos modos no tener en cuenta a la Eucaristía en esa sección indica que todavía no tenemos totalmente asumido que su celebración no es completa si conduce a sus participantes a un auténtico compromiso con los más pobres, en la línea de lo enseñado por el Nuevo Testamento, o los variados testimonios de los Padres de la Iglesia³⁷.

1.3. Santo Domingo: Eucaristía para la nueva evangelización

Al celebrarse los 500 años del comienzo de la evangelización de América Latina, fue convocada la IV Conferencia del Episcopado

³⁷ Cfr. P. ROSATO, *Cena del Signore e amore sociale*, donde el autor cita y comenta textos de Nuevo Testamento, y testimonios de San Justino, San Cipriano, San Juan Crisóstomo y San Agustín.

Latinoamericano, que se realizó en Santo Domingo del 12 al 28 de octubre de 1992. Con el tema: “Nueva evangelización. Promoción humana. Cultura cristiana” y el lema: “Jesucristo, ayer, hoy y siempre”³⁸. El documento final de la IV Conferencia (DSD) resultó bastante más breve que el de Puebla (301 números de aquel, frente a 1.309 de éste). Pero tanto en el Mensaje de la IV Conferencia a los Pueblos de América Latina y el Caribe, como en las Conclusiones, los textos que hacen referencia a la Eucaristía constituyen una proporción importante en su cantidad (12 párrafos), aunque de calidad desigual.

En un artículo sobre la Eucaristía en Santo Domingo³⁹, Carlos Ignacio González los clasifica en dos grupos: En el primero se encuentran las citas en el Mensaje a los pueblos, 23-25; y en las Conclusiones, los números 6, 11, 43 (al que sumamos el n. 51) y el párrafo 55, al que agregamos el 58. En el segundo grupo el autor cita las referencias eucarísticas de los números 80, 123, 143 y 225, nosotros agregamos en 231. El primer grupo, afirma, contiene los textos con mayor base teológica, mientras que el segundo se refiere más a opciones particulares de orden pastoral, y por tanto se pueden considerar de menor valor desde un análisis estrictamente teológico. Todo esto a partir del supuesto que el documento de Santo Domingo, como lo vimos en Puebla, tampoco pretende desarrollar una teología eucarística. Sin embargo vale la pena analizar en qué medida los textos indicados pueden contribuir a profundizar “tanto en la comprensión y vivencia personal de la vida cristiana, como al cumplir la misión apostólica de la Iglesia”⁴⁰.

Si tomamos como punto de partida esta división, podemos examinar en el primer grupo de textos cómo es presentada la Eucaristía en relación con la vida de la Iglesia, y además, en algunos casos, su proyección misionera.

³⁸ Algunos trabajos sobre Santo Domingo: AA. VV., “Para entender Santo Domingo”, Chr M., 662 (1993), pp. 7-32; V. CODINA, “Crónica de Santo Domingo”, ECA, 47 (1992), pp. 1057-1065; T. MIFSUD, “Ejes temáticos en el documento de Santo Domingo”, Med., 19 (1993), pp. 197-208. También el fascículo de la revista Medellín: “Santo Domingo diez años después”, Med., 28 (2002), pp. 135-221, con varios artículos.

³⁹ C. I. GONZALEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo y en la primera evangelización de la Iglesia”, Revista Teológica Limense, XXVII (1993), pp. 476-496.

⁴⁰ C. I. GONZALEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 477.



Al escribir su Mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe, los obispos eligen como línea conductora el comentario al encuentro del Señor resucitado con los discípulos de Emaús, en el cual, Jesús, anunciando la Buena Nueva, puede ser visto como modelo de la Nueva Evangelización. Siguiendo los momentos del relato evangélico, los obispos recuerdan que el Maestro sale al encuentro de aquellos dos discípulos que se alejaban de Jerusalén desconcertados y tristes, camina con ellos compartiendo sus preocupaciones, los ilumina con la explicación de las Escrituras, “pero el gesto definitivo para que pudieran reconocerle vivo y resucitado de entre los muertos fue el signo concreto de partir el pan” (Mensaje, 23). Los discípulos reciben al peregrino, y su actitud de compartir, les permite reconocer al que hizo de su vida una total entrega por los demás⁴¹. Surge de aquí la invitación de los obispos de América Latina y el Caribe a todos los hermanos, en especial a los presbíteros y diáconos que participan más de cerca en su ministerio: “Que la celebración eucarística inflame siempre más sus corazones para llevar a la práctica la Nueva Evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana” (Mensaje, 25). Finalmente, como aquellos discípulos, el encuentro con el Señor resucitado se convierte en impulso para la misión que los envía de nuevo a la comunidad y al anuncio de la nueva realidad “el Señor ha resucitado y está de nuevo entre nosotros”⁴². Quedan determinados de este modo los tres lugares de encuentro con el Señor resucitado: La Palabra, la Eucaristía y la Comunidad. De este modo la Nueva Evangelización encuentra un momento culminante en el encuentro eucarístico con el Señor, que consuma la fe, construye la comunidad e impulsa a la misión⁴³.

Los dos textos siguientes corresponden a la Profesión de Fe que se encuentra en la Primera Parte de las Conclusiones (DSD, 6 y 11).

⁴¹ “En su actitud de compartir reconocieron al que durante su vida no hizo más que darse a los hermanos y quien selló con su muerte en la cruz la entrega de toda su vida”. Mensaje, 24.

⁴² “El encuentro entre el Maestro y los discípulos ha terminado. Jesús desaparece de su vista. Pero ellos impulsados por un nuevo ardor, salen gozosos a emprender su tarea misionera. Abandonan la aldea y van en búsqueda de los otros discípulos... A partir de la fe, vivida en comunidad, ellos se convierten en pregoneros de una realidad totalmente nueva”. Mensaje, 26.

⁴³ “Es en la Eucaristía donde se consuma la fe, en la que se construye la comunidad en torno a Jesús, y de la que parte el empeño apostólico, ya que de ella salieron animados los discípulos para llevar a los demás la Buena Nueva de lo que habían oído y les había sucedido”. C. I. GONZÁLEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 478.

El primero se refiere a la institución de la Eucaristía por Cristo, y el segundo a la Iglesia particular con su centro en la Palabra de Dios y la mesa eucarística. En conjunto nos brindan los elementos fundamentales de la Eucaristía como vida de la Comunidad cristiana, abierta desde allí a la misión.

Pues la Profesión de Fe afirma ante todo la verdad sobre Jesucristo a partir del Reino de Dios que El inaugura, al que se ingresa por la fe y en el que se vive por la comunión de amor. Es en ese contexto que se recuerda la institución de la Eucaristía, el sacramento de su amor, memorial de su sacrificio, presencia en medio de su pueblo. Por el cual Jesús nos alimenta y nos fortalece en comunión y solidaridad, mientras peregrinamos en la esperanza hasta llegar a su encuentro⁴⁴. De donde se siguen tres datos teológicos fundamentales de la Eucaristía como raíz y fuente de la comunidad eclesial: su condición de memorial de la Pascua, que al hacerse presente alimenta la comunión y se convierte en viático de nuestra esperanza.

Se recuerda ante todo a la Eucaristía como memorial, en su sentido fuerte de celebración en el presente de un evento iniciado en el pasado que se proyecta hacia el futuro⁴⁵. “El memorial incluye siempre, por ello, el recuerdo de lo pasado, la celebración e incorporación en el presente, y la esperanza definitiva para el porvenir”⁴⁶. Este era el significado de la celebración de la Pascua para Israel, que al hacer presente el evento salvador de Yahve permitía que cada generación participara de la obra salvífica, y al mismo tiempo le anticipaba la plenitud a la que todavía no habían llegado. De la misma manera, la Eucaristía constituye a la comunidad en cada celebración: “Convoca a todo el pueblo cristiano para incorporarse vitalmente en el misterio pascual consumado en la historia, vivido hoy sacramentalmente en la comunidad eclesial, y proyectado en esperanza hacia la plena

⁴⁴ “Antes de su ida al Padre, Jesús instituyó el sacramento de su amor, la Eucaristía (cf. Mc 14,24), memorial de su sacrificio. Así permanece el Señor en medio de su pueblo para alimentarlo con su Cuerpo y con su Sangre, fortaleciendo y expresando la comunión y la solidaridad que debe reinar entre los cristianos, mientras peregrinan por los caminos de la tierra con la esperanza del encuentro pleno con El.” (DSD, 6).

⁴⁵ Para el tema del memorial puede verse: J.M-R. TILLARD, “Le mémorial dans la vie de l’Église”, L.M.D., n.106 (1971), pp. 24-45 y “Faisant mémoire de ton Fils”, Parole et Pain, 9 (1972), pp. 144-157.

⁴⁶ C. I. GONZÁLEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 483.



comunión, por nuestra propia resurrección definitiva, con el cuerpo de Cristo⁴⁷.

En segundo lugar se recuerda que la Eucaristía fortalece y expresa la comunión y la solidaridad que debe reinar entre los cristianos, tema clave en la tradición de la Iglesia desde los primeros tiempos. Así lo enseña San Pablo a los miembros de la comunidad de Corinto, indicándoles que forman un solo cuerpo porque participan de un solo pan (1 Cor 10, 16-17), y corrigiendo con seriedad las divisiones y desórdenes con que celebran la Cena del Señor (1 Cor 11, 17-34). Del mismo modo la Didaché utiliza la imagen de los granos de trigo que dispersos por los montes se unen en el único pan, del mismo modo que la Iglesia es una aunque dispersa por el mundo⁴⁸. Así lo expresa con fuerza San Ignacio de Antioquía, afirmando la unidad de la carne y la sangre de Cristo, con el único altar y el obispo que preside la celebración, como centro de la unión de la comunidad⁴⁹. Son sólo pocos ejemplos de los textos más antiguos donde la Iglesia enseña claramente la relación entre la Eucaristía y la comunión eclesial.

El pueblo de Dios, se señala en tercer lugar, peregrina en la esperanza, y la Eucaristía es alimento que lo sostiene en su camino. Se trata de la dimensión escatológica presente en el sacramento que anticipa el banquete del Reino⁵⁰. Y que podemos observar ya en los relatos de la Cena del Señor, cuando el mismo Jesús afirma su deseo de comer la Pascua con sus discípulos, “porque les aseguro que ya no la comeré hasta que llegue a su pleno cumplimiento en el Reino de Dios” (Lc 22, 16), igual que la copa, pues “desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios” (Lc 22, 18)⁵¹.

⁴⁷ C. I. GONZÁLEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 484.

⁴⁸ DIDACHÉ, IX, 4.

⁴⁹ “Esforzaos por frecuentar una sola Eucaristía, pues una es la carne de nuestro Señor Jesucristo y uno el cáliz para unirnos a su sangre, uno es el altar como uno es el obispo junto con el presbítero y los diáconos, mis compañeros de esclavitud”. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Fil.*, IV, 1. Cfr. CONCILIO VATICANO II, SC 41.

⁵⁰ Sobre la dimensión escatológica de la Eucaristía, cfr. M. ARIAS REYERO, “La comida en el Reino”, en *Eucaristía. Presencia del Señor*, Santafé de Bogotá, 1997, 149-158; D. BOROBIO, “La eucaristía, prenda de vida eterna”, en *Eucaristía*, Madrid, 2000, pp. 375-385, con la bibliografía sobre este tema en las pp. 355-356.

⁵¹ “En las palabras de Jesús la Última Cena tiene una continuidad: el mismo Señor ha de tomar parte en ella hasta el «día» en que lo haga en el Reino. La Cena se prolongará hasta la victoria final. (...) El deseo de los que celebran la Eucaristía, «anunciar la muerte del Señor hasta que venga», se enlaza con el mismo deseo de Jesús: «beber el fruto de la vid

Así también los Padres de la Iglesia en su lucha contra las herejías gnósticas, unen la verdad de la creación por obra del Padre, con la resurrección de Cristo, que presente como resucitado en la Eucaristía, se convierte en alimento de inmortalidad para nosotros los cristianos⁵². Como lo podemos ver en San Ignacio de Antioquía, que llama al pan eucarístico “medicina de inmortalidad, remedio para no morir”⁵³, o en San Ireneo, rechazando que nuestra carne se corrompa justamente porque la alimentamos con el cuerpo y la sangre del Señor y esa es la garantía de nuestra propia resurrección⁵⁴.

La segunda referencia que encontramos en la profesión de fe que abre el documento de Santo Domingo, se refiere a la Iglesia en su forma concreta de Iglesia particular, comunidad de hermanos que se encuentra bajo la guía del obispo local. Y donde “Fieles y pastores, congregados por el Espíritu Santo (cf. CD 11) en torno a la Palabra de Dios y a la mesa de la Eucaristía, son a su vez enviados a proclamar el Evangelio, anunciando a Jesucristo y dando testimonio de amor fraterno” (DSD 11). Aquí se señala al Espíritu Santo como agente de la unidad de la Iglesia, en relación justamente con la celebración eucarística, presentada bajo la imagen de las dos “mesas”, la de la Palabra, y la de la Eucaristía que sintetiza los dos momentos principales de la Misa. Y el fruto que produce en los fieles, enviados a la misión evangelizadora.

La relación del Espíritu Santo con los sacramentos es un aspecto recuperado en la teología occidental sobre todo a partir del Concilio

cuando llegue el Reino de Dios». M. ARIAS REYERO, *Eucaristía. Presencia del Señor*, pp. 155-156.

⁵² “Por eso hay entre ellos, para defender la fe verdadera, un triángulo inseparable entre la creación de todas las cosas por obra del Padre de nuestro Señor Jesucristo, la verdadera resurrección de éste y su presencia real como resucitado en la Eucaristía, y el hecho de que ésta es el camino del cristiano hacia su propia resurrección”. C. I. GONZALEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 486.

⁵³ “Os reunís para obedecer al obispo y al presbiterio con un propósito constante, partiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo”. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Eph.*, XX, 1.

⁵⁴ “Para nosotros... la creencia concuerda con la Eucaristía, y la Eucaristía, a su vez, confirma la creencia. Pues le ofrecemos a él sus propias cosas, proclamando concordemente la comunión y unión de la carne y del espíritu. Porque así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son corruptibles, sino que poseen la esperanza de la resurrección para siempre”. IRENEO, *Adv. Haer.*, IV, 18, 5.



Vaticano II, tanto en la profusión de estudios como en los nuevos Rituales de los Sacramentos. El Catecismo de la Iglesia Católica realiza una nueva síntesis y llega a exponer una verdadera “sacramentología pneumática” (CIC 1091-1109). Y en especial su relación con la Eucaristía que tiene su momento culminante en la epiclesis⁵⁵. Ya que se invoca al Espíritu Santo sobre los dones del pan y del vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesús (epiclesis consecratoria), y luego se lo hace sobre la comunidad pidiendo su transformación en un solo cuerpo y que se perfeccionen en la unidad y el amor (epiclesis de comunión)⁵⁶. La misma acción del Espíritu obra en la transformación de los dones ofrecidos, y en la comunidad de los fieles que los ofrecen y reciben en comunión⁵⁷.

La misión evangelizadora, entonces, no resulta ajena a lo que vimos hasta ahora, sino su verdadero complemento y continuación: la Eucaristía expresa y renueva el compromiso por la misión⁵⁸. Estamos en la misma dinámica del texto de los discípulos de Emaús, comentado por los obispos en su Mensaje a los pueblos al que y nos referimos: El encuentro con el Maestro impulsa a la tarea misionera, a dar testimonio de esta nueva realidad: Jesucristo ha resucitado (Cfr. Mensaje, 26). Por ser celebración memorial de la Pascua, la Eucaristía “comporta en sí misma el anuncio de la Pascua y el compromiso para seguir anunciándola”⁵⁹. Y esto comprende una renovación del compromiso eclesial por vivir su misión, en su expresión concreta y

⁵⁵ Puede verse L. MALDONADO, “Presencia del Espíritu. La epiclesis”, en *Eucaristía en devenir*, Santander, 1997, pp. 154-170 y D. BOROBIÓ, “Espíritu Santo y eucaristía”, en *Eucaristía*, pp. 209-236, con bibliografía sobre el tema en la p. 209.

⁵⁶ “En el sacramento de la eucaristía el Espíritu viene a transformar no sólo el pan y el vino, sino a toda la comunidad, en el cuerpo de Cristo, es decir, en pueblo reunido, reconciliado. (...) Tal es el sentido de la doble epiclesis en las anáforas actuales del misal romano. Una, la primera, tiene un sentido más cristológico; la otra, la segunda, más eclesial”. L. MALDONADO, *Eucaristía en devenir*, p. 159.

⁵⁷ “En la epiclesis... se manifiesta la acción del Espíritu, motor de la historia de salvación, que actualiza pneumáticamente la presencia de Cristo y opera su acción divinizante en la comunidad de los fieles que, por la participación y comunión, se une y edifica la Iglesia en la unidad y la caridad, en y mediante la eucaristía”. D. BOROBIÓ, *Eucaristía*, p. 231.

⁵⁸ “El que la eucaristía sea acción ritual, no quiere decir que no implique de diversas maneras la misión. Al contrario, es el lugar privilegiado de concentración y expresión, de renovación y compromiso de la misión, de envío para la misión”. D. BOROBIÓ, *Eucaristía*, p. 386.

⁵⁹ D. BOROBIÓ, *Eucaristía*, p. 388.

más acabada que es el mandamiento del amor fraterno en todas sus dimensiones: solidaridad, unión, conversión, reconciliación⁶⁰.

Un aspecto central de la vida de la Iglesia es la liturgia, donde se encuentra su dimensión celebrativa. El Documento de Santo Domingo lo trata especialmente por su propio valor evangelizador⁶¹, ya que “la Liturgia es anuncio y realización de los hechos salvíficos... por eso, convoca, celebra y envía” (DSD 35), y la relaciona con los otros dos ejes del Documento: la promoción humana en cuanto alienta el compromiso de los creyentes, y la cultura cristiana, en cuanto medio para que el Evangelio impregne las culturas⁶². Y el fundamento teológico de esta relación lo ha presentado en el número anterior en referencia a la Eucaristía, celebración de la Última Cena.

Así como la celebración de la Última Cena está esencialmente unida a la vida y al sacrificio de Cristo en la cruz y lo hace cotidianamente presente por la salvación de todos los hombres, así también, los que alaban a Dios reunidos en torno al Cordero son los que muestran en sus vidas los signos testimoniales de la entrega de Jesús (cf. Ap 7,13s). Por eso, el culto cristiano debe expresar la doble vertiente de la obediencia al Padre (glorificación) y de la caridad con los hermanos (redención), pues la gloria de Dios es que el hombre viva. Con lo cual lejos de alienar a los hombres los libera y los hace hermanos (DSD 34).

Se trata, por lo tanto de un culto que no puede permanecer ajeno a la vida, y la tarea evangelizadora en su expresión concreta de la liberación y la construcción de la fraternidad. Es cierto que se

⁶⁰ “Es imposible que la eucaristía alimente la fe y no lleve a comunicarla; convierta el corazón y no mueva a predicar la conversión; realice la unidad y no impulse a superar las divisiones de la vida; suponga un testimonio y no lleve a ser testigos; sea digno de reconciliación y no mueva a superar los odios”. D. BOROBIÓ, *Eucaristía*, p. 389.

⁶¹ “El servicio litúrgico así cumplido en la Iglesia tiene por sí mismo un valor evangelizador que la Nueva Evangelización debe situar en un lugar muy destacado” (DSD 35).

⁶² “[La liturgia] sostiene el compromiso con la Promoción Humana, en cuanto orienta a los creyentes a tomar su responsabilidad en la construcción del Reino, “para que se ponga de manifiesto que los fieles cristianos, sin ser de este mundo, son la luz del mundo” (SC 9). La celebración no puede ser algo separado o paralelo a la vida (cf. 1 P 1,15). Por último, es especialmente por la liturgia como el Evangelio penetra en el corazón mismo de las culturas” (DSD 35).



constatan varios aspectos que quedan por mejorar en cuanto a la celebración litúrgica. Y en concreto en relación con la celebración eucarística, se lamenta que todavía no exprese el compromiso personal y comunitario con el Señor, y al no ocupar su lugar central en la vida de la Iglesia se pierde la “exigencia eucarística” que debería surgir de la vivencia del “día del Señor”⁶³. Lo que lleva como consecuencia a un empobrecimiento de las celebraciones de modo que se pierde su verdadera fuerza transformadora y su proyección en el compromiso solidario con la transformación del mundo⁶⁴. Por eso la propuesta pastoral va en la línea de la formación, pero no solo para una celebración encerrada en si misma, pues lo que se pretende es rescatar el valor de la presencia de Cristo, el papel activo de la Asamblea, con su carácter festivo y participativo. Y sin olvidar su carácter misionero⁶⁵.

Completando esta revisión de los textos originados en la IV Asamblea General del Episcopado latinoamericano celebrada en Santo Domingo, encontramos dos números (DSD 55 y 58) donde se trata de la Iglesia particular, y su expresión concreta que es la Parroquia, respectivamente, y en los cuales se trata de la Eucaristía en relación con la vida y misión de la Iglesia.

Siempre en el contexto de la Nueva Evangelización (Capítulo 1 de la Segunda Parte), se considera la Iglesia particular, llamada a vivir el dinamismo de comunión-misión. Esto lo explicita con una cita de Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*

⁶³ “Queda aún mucho por hacer (...) en cuanto a ayudar a los fieles a hacer de la celebración eucarística la expresión de su compromiso personal y comunitario con el Señor. No se ha logrado aún plena conciencia de lo que significa la centralidad de la liturgia como fuente y culmen de la vida eclesial, se pierde en muchos el sentido del “día del Señor” y de la exigencia eucarística que conlleva” (DSD 43). A esto se agrega el descuido de una “seria y permanente formación litúrgica” y la falta de atención “al proceso de una sana inculturación” (Ibid.)

⁶⁴ “Las celebraciones [son] aún, para muchos, algo ritualista y privado que no los hace conscientes de la presencia transformadora de Cristo y de su Espíritu ni se traduce en un compromiso solidario para la transformación del mundo” (DSD 43).

⁶⁵ “Nuestras Iglesias locales, que se expresan plenamente en la liturgia y en primer lugar en la Eucaristía, deben promover una seria y permanente formación litúrgica del pueblo de Dios en todos sus niveles, a fin de que pueda vivir la liturgia espiritual, consciente y activamente. Esta formación deberá tener en cuenta la presencia viva de Cristo en la celebración, su valor pascual y festivo, el papel activo que le cabe a la Asamblea y su dinamismo misionero” (DSD 51).

donde se afirma la unión y compenetración de ambos aspectos en la vida de la Iglesia⁶⁶. En el mismo número se hace referencia a la Eucaristía, fuente de la unidad de la Iglesia local, y también de la Iglesia universal, en torno al colegio de los Obispos bajo el primado de Pedro. “En la unidad de la Iglesia local, que brota de la Eucaristía, se encuentra todo el Colegio episcopal con el sucesor de Pedro a la cabeza, como perteneciente a la misma esencia de la Iglesia particular” (DSD 55). Se descubre en el presente de la Iglesia aquello que se fue dando desde el comienzo de su historia, con la formación de comunidades locales reunidas en torno a la Eucaristía, para llegar a la unidad de toda la Iglesia, donde la Eucaristía siempre sigue siendo fuente y centro de su unidad⁶⁷.

Poco más adelante se expone la realidad de la parroquia que concretando más la definición de la Iglesia diocesana, es llamada “comunidad orgánica y misionera... red de comunidades”, y también “comunidad de comunidades y movimientos” que “anima y orienta la comunión, participación y misión” (DSD 58). Como “familia de Dios”, su fundamento más profundo es eucarístico, como lo afirma, utilizando de nuevo una cita de Juan Pablo II en *Christifideles laici*: “La parroquia está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística” (ChL 26). Y de aquí se sigue su tarea, ya que insertada en el mundo de los hombres, solidaria con sus aspiraciones, tendrá “la misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana, de adelantar la inculturación de la fe en las familias, en las CEBs, en los grupos y movimientos apostólicos y, a través de todos ellos, a la sociedad” (DSD 58). Por lo tanto, desarrollando lo que se encuentra dicho aquí como intuición básica, podemos confirmar que en la Eucaristía se encuentra la cumbre de toda la actividad de la Iglesia, vivida en concreto en cada comunidad

⁶⁶ “La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí; se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión... siempre es el único e idéntico Espíritu el que convoca y une a la Iglesia y el que la envía a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra” (ChL 32).

⁶⁷ “Este párrafo apunta, en términos de la estructura actual de la Iglesia, lo que sucedió en las primeras comunidades de manera más espontánea, bajo la guía del Espíritu: primero se formó la comunidad local en torno a la Eucaristía presidida por el Obispo; y de esta unidad, a su vez, surgió la unidad de la Iglesia universal, en la cual, centrada igualmente en torno a la Eucaristía y brotando de ella como de su fuente, se construye la comunidad cristiana universal presidida por los Obispos bajo el primado de Pedro”. C. I. GONZÁLEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 494.



parroquial, y que se ella surge la fuerza para evangelizar, a través tanto de la promoción humana como de la inculturación de la fe⁶⁸

Por último, como decíamos al comienzo de esta sección, encontramos en el Documento de Santo Domingo otras referencias a la Eucaristía en contextos de menor valor para el análisis teológico, pues expresan algunas opciones pastorales más particulares. C. I. González las resume así en la nota 1 de su artículo:

En el n. 80 se coloca el sacramento de la Eucaristía entre otros medios para fundar la pastoral vocacional; en el n. 123, indicando los medios para llevar el Reino de Dios a todos los pueblos, se eligen como instrumentos para comunicar y anunciar la comunión por la caridad, en las iglesias, la Palabra, la Eucaristía y los demás sacramentos; en el n. 143 se señala, entre las líneas pastorales contra las sectas fundamentalistas, la devoción al misterio de la Eucaristía, que afianza la identidad de la Iglesia; y en el n. 225 se hace referencia a la Eucaristía, junto con la catequesis familiar, la oración en el hogar, el sacramento de la reconciliación y la Palabra de Dios compartida, como las herramientas para construir la unidad al interno de la familia cristiana.⁶⁹

Si ubicamos estos números, junto con los ya comentados más en profundidad, en el conjunto de Santo Domingo, podemos constatar ante todo que los textos en los que se habla de la Eucaristía con un mayor contenido teológico, se encuentran en el comienzo del documento, en la profesión de fe de la Primera parte, y en el capítulo 1º de la Segunda parte donde se explicita la Nueva Evangelización. Las referencias más puntuales que citamos en conjunto se encuentran casi

⁶⁸ “En la eucaristía culminan la evangelización, y la catequesis, y el servicio fraterno, y la caridad, y la consagración del mundo y el ministerio sacerdotal... Pero, al mismo tiempo, de la eucaristía dimanar la nueva fuerza y el nuevo compromiso de la comunidad entera y de cada uno de sus miembros para seguir cumpliendo, con más empeño y eficacia, la misión recibida y celebrada (cf. SC 10)”. D. BOROBIO, *Eucaristía*, p. 388.

⁶⁹ C. I. GONZÁLEZ, “La Eucaristía en el documento de Santo Domingo”, p. 477, nota 1. Podemos agregar el n. 231, que al hablar de los valores culturales, afirma que “la moral cristiana sólo se entiende dentro de la Iglesia y se plenifica en la Eucaristía. Todo lo que en ella podemos ofrecer es vida; lo que no puede ofrecerse es el pecado”. Con lo cual se presenta a la Eucaristía como una especie de medida del valor moral, y criterio de distinción entre la vida y el pecado.

todas en el mismo capítulo sobre la nueva evangelización, y sólo el último número (225) en el capítulo 2º de la Primera parte, dedicado a la promoción humana. También encontramos una única referencia en el 3º capítulo, sobre la Cultura Cristiana, presentando a Cristo como medida de nuestra conducta moral. En cuanto a la Tercera Parte, que contiene en una especie de síntesis final, las Líneas Pastorales prioritarias, encontramos sólo un párrafo no directamente sobre la Eucaristía, que trata de la liturgia: “La celebración de la fe en la liturgia, cumbre de la vida de la Iglesia, ha de realizarse con gozo y en forma que permita una participación más viva, activa y comprometida en la realidad de nuestros pueblos” (DSD 294).

Esta observación que hacemos, nos lleva a concluir que mientras se tiene bastante en cuenta a la Eucaristía en el momento de establecer el fundamento doctrinal, tanto cristológico como eclesiológico, en cambio no aparece como un componente principal de la misión de la Iglesia, y en especial todo lo que haga a la promoción humana, al desarrollo social y cultural no se lo pone normalmente en contacto con esta realidad sacramental, más allá de breves afirmaciones en la línea de aconsejar su práctica en determinadas realidades pastorales.

En cuanto a los aspectos teológicos de la Eucaristía presentados en el documento de Santo Domingo, podemos rescatar algunos puntos. Ante todo la referencia a la experiencia de los discípulos de Emaús y la manifestación del Resucitado en la fracción del pan⁷⁰. La Eucaristía es presentada como memorial, sacramento de unidad y alimento para el camino. Se la pone en relación con el Espíritu Santo, y con la misión. Y en su relación con la Iglesia, se subraya el fundamento de la unidad de la Iglesia particular en torno a la celebración eucarística, y a la parroquia como “comunidad eucarística”. Desde una constatación bastante negativa de la realidad en cuanto a la vivencia eucarística de nuestras comunidades, se propone una formación que se oriente en dos direcciones: ante todo rescatar el valor de la presencia de Cristo en la celebración y su valor pascual y festivo; y en segundo lugar con respecto a la Asamblea, subrayar

⁷⁰ L.-M. CHAUVET desarrolla una teología de la sacramentalidad de la fe en torno a este relato, en *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, Barcelona, 1991, pp. 167-176. Cfr. también F. MEJÍA MONTOYA, “El camino de Emaús: un itinerario de iniciación cristiana”, *Med.*, 32 (2006), pp. 421-445.



su papel activo y su dinamismo misionero. Por lo tanto, aunque sin la intención de hacer una exposición doctrinal sistemática sobre la Eucaristía, se exponen brevemente varios de los aspectos principales de este sacramento.

2. Aparecida

La V Conferencia del Episcopado de América Latina y del Caribe, celebrada en el Santuario de Aparecida del 13 al 31 de mayo de 2007⁷¹, puede considerarse un gran acontecimiento eclesial, y en ese sentido, sus frutos no se reducen estrictamente al Documento final, sino a todos los elementos que lo constituyeron, como el discurso inaugural del Santo Padre, y el mismo contexto en el que se realizó. Porque todos los participantes y testigos de este extraordinario evento eclesial subrayan la impronta especial que recibió por el hecho de celebrarse en un Santuario, acompañados por la presencia de los peregrinos, cuyas oraciones y cantos escuchaban mientras deliberaban en los locales que se encuentran debajo del mismo templo. Y la oración y celebración diaria de la Eucaristía realizada en el mismo santuario, significó un contacto especial con el pueblo de Dios reunido también para celebrar al Señor por medio de su Madre⁷².

En la Introducción al documento conclusivo, los obispos dan gracias al Santo Padre por sus enseñanzas, y en especial por su Discurso Inaugural. En él, Benedicto XVI tiene una amplia referencia a la

⁷¹ De la abundante bibliografía sobre Aparecida citamos: AA. VV., *Med.*, nn. 130 a 132, 33 (2007), pp. 167-654; AA. VV., *REB*, 67 (2007), pp. 772-1022; A. BRIGHENTI, "Criterios para la lectura del Documento de Aparecida", *RLT*, 24 (2007), pp. 176-178; V. CODINA, "Para comprender Aparecida", *RLT*, 24 (2007), pp. 283-293; J. COMBLIN, "El proyecto de Aparecida", *RLT*, 24 (2007), pp. 271-282; C. C. Dos SANTOS, "A Conferencia de Aparecida: claves de lectura", *REB*, 68, (2008), pp. 300-325; V. FERNÁNDEZ, *Aparecida. Guía para leer el documento y crónica diaria*, Buenos Aires, San Pablo, 2007.

⁷² "Por primera vez una Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se realizó en un santuario mariano de gran devoción popular al cual acuden cada domingo más de 150.000 personas. Los peregrinos tuvieron la oportunidad de participar en la celebración diaria de la Eucaristía unida con Laudés, y la Conferencia, que sesionaba en el subsuelo del santuario, estuvo siempre sostenida por la oración permanente de los peregrinos que acudían a orar... Todo esto producía, en los miembros de la Conferencia, una cercanía a la Virgen y a la fe de los peregrinos, que hacían diariamente presente para quiénes se estaban reflexionando", R. RUSSO, "La dimensión litúrgica del documento de Aparecida", *Med.*, 33, (2007), p. 504. El autor indica justamente las celebraciones litúrgicas como contexto de gestación del Documento de Aparecida, pp. 503-505.

Eucaristía, al comentar “Para que en Él tengan vida”, exponiendo en germen los puntos principales que serán desarrollados más adelante. El papa, en su exposición, recuerda el episodio de los discípulos de Emaús, cuando el Señor Resucitado los alimenta con el Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía. Por eso cada celebración eucarística significa un encuentro personal con Cristo, que se hace alimento para los discípulos misioneros⁷³. Se sigue la importancia de la misa dominical, que debe tener prioridad en los programas pastorales. “La celebración dominical de la Eucaristía ha de ser el centro de la vida cristiana” (DI, 4). Pero esta vivencia eucarística no se reduce a la mera vida interna de la comunidad, sino que se proyecta en el compromiso evangelizador y solidario⁷⁴. Para concluir esta sección con una sentida exhortación, para que de la Eucaristía brote en Latinoamérica la civilización del amor, texto que será retomado por los obispos en el Documento final de Aparecida, como indicaremos oportunamente.

A partir de este contexto celebrativo, y de las palabras introductorias del Santo Padre, podemos presentar los frutos de la Conferencia de Aparecida en cuanto al tema que estamos tratando. Para lo cual vamos a exponer cómo se relaciona la Eucaristía con tres de las categorías fundamentales del Documento, que surgen del mismo tema central: vida, discípulos y misioneros⁷⁵. Los tres conceptos marcan un eje que se puede seguir a lo largo del documento, en referencia a la eucaristía. Así lo vemos desde el comienzo, en el capítulo 1, al hacer la acción de gracias a Dios por la realidad eclesial en nuestro continente, en un mismo párrafo, se encuentra la referencia a la Eucaristía como “pan de vida eterna”, y a continuación como “alimento substancial de los discípulos y misioneros”⁷⁶.

⁷³ “Cada domingo y cada Eucaristía es un encuentro personal con Cristo... Cuando en la Eucaristía se parte el pan, es a él a quien se recibe personalmente. La Eucaristía es el alimento indispensable para la vida del discípulo y misionero de Cristo”, BENEDICTO XVI, Discurso Inaugural, 4. En adelante citaremos DI.

⁷⁴ “El encuentro con Cristo en la Eucaristía suscita el compromiso de la evangelización y el impulso a la solidaridad; despierta en el cristiano el fuerte deseo de anunciar el Evangelio y testimoniarlo en la sociedad para que sea más justa y humana” (DI, 4).

⁷⁵ Víctor Fernández considera que los cuatro ejes para entender el documento provienen justamente de su lema, y son por tanto: Discípulos, misioneros, para que tengan vida y nuestros pueblos. Cfr. V. FERNÁNDEZ, *Aparecida. Guía para leer el documento*, pp. 19-26.

⁷⁶ “Bendecimos a Dios que se nos da en la celebración de la fe, especialmente en la Eucaristía, pan de vida eterna. La acción de gracias a Dios, por los numerosos y admirables dones que nos ha otorgado, culmina en la celebración central de la Iglesia, que es la Eucaristía, alimento substancial de los discípulos y misioneros” (DA, 25).



Vamos a agrupar los textos principales en torno a tres puntos:

1. Eucaristía y comunión. Lugares de comunión
2. Eucaristía y formación de los discípulos y misioneros
3. Eucaristía y misión de los discípulos misioneros

2.1. Eucaristía y comunión

La Conferencia de Aparecida recupera la metodología del “ver-juzgar-actuar”, que se había dejado de lado en Santo Domingo. Esto se refleja en el documento final, donde este esquema se refleja en sus tres partes⁷⁷. La segunda parte del documento, que corresponde al “juzgar”, como dice Víctor Fernández, contiene una “iluminación” de la realidad expuesta en la primera parte, que prepara y anuncia la acción que se propone en la tercera. Por eso en el capítulo 3 se recogen una serie de “buenas noticias” que se descubren en nuestro continente: la de la dignidad humana, la vida, la familia, el destino universal de los bienes y culmina con la vitalidad de la Iglesia latinoamericana, citando en el número 128 la exhortación con la que Benedicto XVI concluye la referencia en la Eucaristía en su Discurso Inaugural:

Toda la vida de nuestros pueblos fundada en Cristo y redimida por Él, puede mirar al futuro con esperanza y alegría acogiendo el llamado del Papa Benedicto XVI: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor que transformará Latinoamérica y El Caribe para que además de ser el Continente de la esperanza, sea también el Continente del amor!” (DI 4).

Somos nosotros, en cuanto discípulos y misioneros, los que estamos llamados a poner en práctica este proyecto. Y por eso se propone para todos un camino que es el de la santidad y la comunión. Donde encontramos algunos textos muy significativos en los que se hace referencia a la Eucaristía. Pues la vocación a la santidad encuentra su culminación en la acción del Espíritu Santo, que obra también

⁷⁷ Así lo expone V. Fernández en su comentario, al exponer sobre el método utilizado, pp. 26-28.

por los sacramentos. Y en particular la Eucaristía, que es cumbre de la “comunidad trinitaria en la Iglesia”, y al mismo tiempo “principio y proyecto de misión del cristiano” (DA 153), por eso constituye la plenitud de la iniciación cristiana y “el centro y fin de toda la vida sacramental”, citando la Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, nº 17⁷⁸. Y del mismo modo se concentra en la Eucaristía la llamada a vivir en la comunión.

Al igual que las primeras comunidades de cristianos, hoy nos reunimos asiduamente para “escuchar la enseñanza de los apóstoles, vivir unidos y participar en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2, 42). La comunión de la Iglesia se nutre con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, participación de todos en el mismo Pan de Vida y en el mismo Cáliz de Salvación, nos hace miembros del mismo Cuerpo (Cf. 1 Co 10, 17). Ella es fuente y culmen de la vida cristiana (Cf. LG 11), su expresión más perfecta y el alimento de la vida en comunión. En la Eucaristía, se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo. La Iglesia que la celebra es “casa y escuela de comunión” (NMI 43), donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora (DA 158).

En este texto se realiza una verdadera síntesis de los diversos aspectos de la Eucaristía en su relación con la comunidad. Por eso se parte de dos referencias fundamentales del Nuevo Testamento: Ante todo la cita de los Hechos de los Apóstoles sobre las primeras comunidades, que sirve de inspiración para renovar nuestro espíritu de comunión, en torno a la Palabra, la fracción del pan y la oración. Es interesante comprobar que este mismo texto es citado por Aparecida en otras tres ocasiones. En los números 175 y 178, se recuerda

⁷⁸ “Esta realidad se hace presente en nuestra vida por obra del Espíritu Santo que, también, a través de los sacramentos, nos ilumina y vivifica. En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y proyecto de misión del cristiano. “Así, pues, la Santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y fin de toda la vida sacramental” (SCa 17).” (DA 152).



este ejemplo en relación con la parroquia como lugar de comunión, y en el número 369 al tratar la conversión pastoral de nuestras comunidades, necesaria para la misión. Y la de la Primera Carta a los Corintios, recordando que la participación en el único pan es la que nos transforma en un único cuerpo.

Esta expresión de la vida comunitaria y el fundamento de su unidad, se completa con citas a documentos eclesiales. La referencia de Lumen Gentium 11, recordando que en la Eucaristía está la fuente y la cumbre de la vida cristiana, refiere en la Constitución conciliar a la misión santificadora de todos los que compartimos el sacerdocio común, y se completa con nuevas afirmaciones, al considerarla expresión de la vida cristiana y “alimento de la vida en comunión”. Por a partir de la vivencia eucarística se nutren “las nuevas relaciones evangélicas”, de una Iglesia que como nos decía Puebla podemos considerar “familia de Dios”. Y que ahora se enriquece con una fórmula de Novo Millennio Ineunte, que llama a la Iglesia “casa y escuela de comunión”. Con lo cual tenemos todos los elementos para que los discípulos encuentren en la comunidad la fuente donde compartir su vida bautismal y ponerse al mismo tiempo al servicio de la misión evangelizadora.

Podemos completar este punto retomando los lugares eclesiales para la comunión que señala a continuación Aparecida. En especial cuando habla de la Parroquia, comunidad de comunidades⁷⁹. Así lo podemos ver en varios números de la segunda parte del capítulo 5 del documento.

Siguiendo el ejemplo de la primera comunidad cristiana (Cf. Hch 2, 46-47), la comunidad parroquial se reúne para partir el pan de la Palabra y de la Eucaristía y perseverar en la catequesis, en la vida sacramental y la práctica de la caridad (BENEDICTO XVI, Audiencia General, Viaje

⁷⁹ Al hablar de la diócesis, que considera lugar privilegiado para la comunión, la única referencia a la Eucaristía se encuentra en el n. 165: “Reunida y alimentada por la Palabra y la Eucaristía, la Iglesia católica existe y se manifiesta en cada Iglesia particular, en comunión con el Obispo de Roma (ChL 85)”. La referencia a Chritifideles Laici corresponde en realidad al número 25, con una formulación de la relación entre Iglesia universal e Iglesia particular que se refiere a la de LG 23.

Apostólico a Brasil, 23 de mayo de 2007). En la celebración eucarística, ella renueva su vida en Cristo. La Eucaristía, en la cual se fortalece la comunidad de los discípulos, es para la Parroquia una escuela de vida cristiana. En ella, juntamente con la adoración eucarística y con la práctica del sacramento de la reconciliación para acercarse dignamente a comulgar, se preparan sus miembros en orden a dar frutos permanentes de caridad, reconciliación y justicia para la vida del mundo (DA 175).

Se retoman algunos de los aspectos ya señalados al hablar de la comunión, a partir de la cita de los Hechos que ya comentamos, completada con una referencia a palabras de Benedicto XV que indica como a partir de ambos panes (la Palabra y la Eucaristía) se siguen tres acciones fundantes de la pastoral parroquial: la catequesis, la vida sacramental y la práctica de la caridad. A continuación se confirma a la celebración eucarística como fuente de vida, refuerzo de la comunión y escuela de vida, tres de los temas que viene tratando el documento. Finalmente se abre, a partir de la adoración eucarística unida a la reconciliación, a los frutos que deben surgir desde la vida parroquial, en la caridad, reconciliación y justicia para vida del mundo. De nuevo la vida de la comunidad, en este caso concretamente de la parroquia, que debe ser una comunidad eucarística donde se renueva su encuentro con el Señor⁸⁰, se proyecta a la misión y a la vida que se desea infundir al mundo. Como dirá más adelante Aparecida, la parroquia es lugar de formación comunitaria, y esto se realiza “con diversas celebraciones e iniciativas, principalmente con la Eucaristía dominical, que es «momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado» (DI 4)” (DA 305). De este modo la parroquia será una verdadera “familia en la fe y la caridad”, y los cristianos se acompañarán y ayudarán en el seguimiento de Cristo⁸¹.

⁸⁰ “La Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana, hace que nuestras parroquias sean siempre comunidades eucarísticas que viven sacramentalmente el encuentro con Cristo Salvador” (175, a).

⁸¹ “Por tanto, debe cultivarse la formación comunitaria, especialmente en la parroquia. Con diversas celebraciones e iniciativas, principalmente con la Eucaristía dominical, que es «momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado» (DI 4), los fieles deben experimentar la parroquia como una familia en la fe y la caridad, en la que mutuamente se acompañen y ayuden en el seguimiento de Cristo” (DP 305).



Continuando con el bloque anterior, el número 176 confirma que es la Eucaristía, en cuanto presencia de Cristo, la que mueve y exige a una evangelización integral. Y esto se tiene que traducir en actitudes muy concretas de lucha contra la pobreza en la que viven la mayoría de los católicos de nuestro continente, haciéndose buena samaritana, en la imaginación de la caridad, hasta atender todas las necesidades verdaderas de todo ser humano⁸². Porque “toda auténtica misión unifica la preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas, para que todos alcancen la plenitud que Jesucristo ofrece” (DA 176)⁸³.

Agentes de la misión evangelizadora, planteada en estos términos, son también las comunidades eclesiales de base, otras formas de pequeñas comunidades, redes de comunidades, movimientos y otros. Pero de todas se les pone una condición común para dar fruto: “Todas las comunidades y grupos eclesiales darán fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo” (DA 180). De modo que centren su vida tanto en la Eucaristía como en la Palabra de Dios, y dentro del contexto eclesial. También se recuerda a discípulos misioneros con vocaciones específicas. En particular los presbíteros, que para vivir su ministerio con fidelidad, también centrarán su vida en la Palabra y la celebración de la Misa, recordando

⁸² “La Eucaristía, signo de la unidad con todos, que prolonga y hace presente el misterio del Hijo de Dios hecho hombre (Cf. Fil 2,6-8), nos plantea la exigencia de una evangelización integral. La inmensa mayoría de los católicos de nuestro continente viven bajo el flagelo de la pobreza. Esta tiene diversas expresiones: económica, física, espiritual, moral, etc. Si Jesús vino para que todos tengamos vida en plenitud, la parroquia tiene la hermosa ocasión de responder a las grandes necesidades de nuestros pueblos. Para ello, tiene que seguir el camino de Jesús y llegar a ser buena samaritana como Él. Cada parroquia debe llegar a concretar en signos solidarios su compromiso social en los diversos medios en que ella se mueve, con toda “la imaginación de la caridad” (NMI 50). No puede ser ajena a los grandes sufrimientos que vive la mayoría de nuestra gente y que, con mucha frecuencia, son pobreza escondidas” (DA 176).

⁸³ A continuación se indica un aspecto concreto de la misión parroquial, la celebración del sacramento de la Reconciliación, cuya práctica se presenta en relación directa con la Eucaristía, recordando palabras de Benedicto XVI en “Sacramentum Caritatis”: “Benedicto XVI nos recuerda que “el amor a la Eucaristía lleva también a apreciar cada vez más el Sacramento de la Reconciliación” (SCa 20). Vivimos en una cultura marcada por un fuerte relativismo y una pérdida del sentido del pecado que nos lleva a olvidar la necesidad del sacramento de la Reconciliación para acercarnos dignamente a recibir la Eucaristía” (DA 177).

una hermosa cita de San Alberto Hurtado⁸⁴. Y así, nutriendo su vida “de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración”, sean los presbíteros discípulos, misioneros y servidores que el Pueblo de Dios necesita (cfr DA 199).

2.2. Eucaristía y formación de los discípulos misioneros

El Documento de Aparecida desarrolla en el Capítulo 6 el Itinerario formativo de los discípulos misioneros, y en él los lugares de encuentro con Jesucristo, entre los cuales, se indica la Sagrada Liturgia, en donde se lo halla “de modo admirable” (DA 250)⁸⁵. En este contexto se expone el valor de la Eucaristía como “lugar privilegiado de encuentro del discípulo con Jesucristo”, y en particular la importancia de “vivir según el domingo”, con una presentación más amplia que la mera recomendación de cumplir el precepto dominical⁸⁶.

La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Allí, el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él

⁸⁴ “Valoramos y agradecemos con gozo que la inmensa mayoría de los presbíteros vivan su ministerio con fidelidad y sean modelo para los demás, que saquen tiempo para su formación permanente, que cultiven una vida espiritual que estimula a los demás presbíteros, centrada en la escucha de la Palabra de Dios y en la celebración diaria de la Eucaristía: “¡Mi Misa es mi vida y mi vida es una Misa prolongada!” (HURTADO, Alberto, Un fuego que enciende otros fuegos, pp. 69-70)” (DA 191).

⁸⁵ Cfr. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, pp. 510-515 en donde comenta este número y sus antecedentes en los documentos de preparación de la Asamblea.

⁸⁶ Cfr. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, pp. 521-527.



la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido (DA 251).

Este número se refiere directamente a la Eucaristía en sí misma, no desde la comunión o desde la vida de la parroquia y en ese sentido podemos considerar que “refleja de una manera más completa una visión de la Eucaristía en el Documento final”⁸⁷. Es el sacramento por el que entramos en comunión con Dios y con nuestros hermanos y que otorga a la existencia cristiana una “forma eucarística”, para que centrada en el misterio pascual la vida de fe sea una “vida eucarística”. Y así la Eucaristía se hace fuente de la vocación cristiana y del impulso misionero.

Como bien señala R. Russo, se percibe en este texto síntesis el influjo de las ideas de Benedicto XVI, tanto en el Discurso Inaugural que ya comentamos, como en la Exhortación postsinodal *Sacramentum Caritatis*. En concreto son reflejo de este documento la referencia a las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir, que corresponden a las tres partes de la Exhortación, que consideran a la Eucaristía como Misterio “que se ha de creer”, “que se ha de celebrar”, “que se ha de vivir”⁸⁸. También se percibe esta influencia en el uso de la expresión “forma eucarística”, que “aparece con frecuencia en la Tercera Parte de la Exhortación apostólica”⁸⁹. Los obispos en Aparecida la ponen en paralelo con “vida eucarística” que se centra en la celebración del “misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía”. Y desde allí formulan su proyección hacia la misión⁹⁰.

⁸⁷ R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 523.

⁸⁸ “Se percibe aquí la influencia de la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* del Santo padre Bendidcto XVI. Esta Exhortación se basa en el nexa inseparable de tres aspectos: misterio eucarístico, acción litúrgica y nuevo culto espiritual y está estructurada en tres partes, cada una de las cuales profundiza una de las tres dimensiones de la Eucaristía, es decir: Eucaristía, misterio que se ha de creer (dimensión teológica); Eucaristía, misterio que se ha de celebrar (dimensión litúrgica) y Eucaristía, misterio que se ha de vivir (dimensión de compromiso vital)”. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 524.

⁸⁹ “Otra influencia de *Sacramentum Caritatis* (cf. n. 76). La expresión «forma eucarística» aparece con frecuencia en al Tercera Parte de la Exhortación apostolica (cf. nn. 70, 71, 76, 77, 80, 82, 84). Allí, el Papa caracteriza la forma eucarística como: forma eclesial y comunitaria (n. 76), que implica una renovación de mentalidad (n. 77), una transformación moral (n. 82) y una coherencia eucarística que exige el testimonio público de la propia fe (n. 83) y el impulso misionero (n. 84)”. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, pp. 524-525.

⁹⁰ “Todas estas dimensiones de la forma eucarística de la existencia cristiana están indicadas en este número de Aparecida, al hablar los Obispos del impulso misionero, la identidad

Esta presentación de la Eucaristía se complementa con la afirmación de la importancia del precepto dominical (DA 252), expresada como “vivir según el domingo”, palabras de San Ignacio de Antioquía que los obispos toman de *Sacramentum Caritatis*, n. 72⁹¹. Y que el Papa desarrolla en esa Exhortación como “vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente” (SCa 72). Por lo tanto indica una proyección a nuestra identidad cristiana y a vivir como resucitados. Como dice Aparecida, es una condición necesaria para todo discípulo misionero, porque “sin una participación activa en la celebración eucarística dominical y en las fiestas de precepto, no habrá un discípulo misionero maduro” (DA 252), y porque “cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía” (DA 252, con referencia a SCa 6). Se sigue entonces la importancia fundamental de promover la pastoral del domingo, en línea con la recomendación de Benedicto XVI en su Discurso Inaugural, como prioridad de los programas pastorales, y para “un nuevo impulso en la evangelización del pueblo de Dios en el Continente latinoamericano” (DA 252)⁹².

Toda esta exposición se completa con la consideración de las dificultades que se hacen manifiestas cuando se trata de aplicar este ideal, que se pueden agrupar en dos problemas fundamentales: Por un lado el gran número de miembros de la Iglesia, bautizados pero que no participan regularmente de la Eucaristía dominical⁹³, no reciben regularmente los sacramentos y por tanto tampoco están insertados

del discípulo y del anunciar con audacia lo que se ha escuchado y vivido”. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 525.

⁹¹ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Mag.*, 9, 1-2. “Los que han abrazado la nueva esperanza, no sabatizan (viven según las leyes del sábado judío), sino que viven según el domingo en el que nació nuestra vida resplendente por Él y por su muerte”. Citado por R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 525, nota 46.

⁹² Recordemos el número 305, ya citado, donde la Eucaristía dominical se considera “momento privilegiado del encuentro de las comunidades del Señor resucitado”, citando el Discurso Inaugural n° 4, que por una parte alimenta la formación comunitaria, para que la parroquia sea una “familia en la fe y la caridad”, y por otra parte “se acompañen y ayuden en el seguimiento de Cristo”.

⁹³ “Es limitado el número de católicos que llegan a nuestra celebración dominical; el inmenso el número de los alejados, así como el de los que no conocen a Cristo” (DA 173).



activamente en alguna comunidad eclesial⁹⁴. Por otro lado, la falta de sacerdotes y su distribución no equitativa, privan a muchas comunidades de la posibilidad de contar con la celebración dominical de la Eucaristía en forma regular. Esto lo constaban ya los obispos al enumerar las “sombras” que oscurecen esta hora histórica de la Iglesia en nuestro continente⁹⁵. Y lo vuelven a tratar al hablar del domingo como lugar de encuentro con Jesucristo.

La respuesta que se propone también es doble: En primer lugar, ante la realidad de tantos bautizados que no practican regularmente, e incluso tantos que se encuentran alejados de la vida eclesial, se propone un renovado espíritu misionero, con imaginación y creatividad⁹⁶. Esta será la temática a desarrollar en toda la tercera parte del documento. Y en cuanto a la falta de sacerdotes para las celebraciones dominicales, se invita a aquellos que se ven impedidos de participar de la Eucaristía, a participar de la “«celebración dominical de la palabra» que hace presente el Misterio Pascual en el amor que congrega (Cf. 1 Jn 3, 14), en la Palabra acogida (Cf. Jn 5, 24-25) y en la oración comunitaria (Cf. Mt 18, 20)” (DA 253). De ese modo “pueden y deben vivir «según el domingo»” (DA 253). Y al mismo tiempo, a partir del anhelo de poder participar plenamente de la Eucaristía dominical, motivar la oración por las vocaciones sacerdotales⁹⁷.

El mismo Capítulo 6 indica otros lugares de encuentro de los discípulos misioneros con Jesucristo que incluyen la presencia de la Eucaristía. En primer lugar podemos indicar la presentación que se

⁹⁴ “Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial” (DA 286).

⁹⁵ “El insuficiente número de sacerdotes y su no equitativa distribución imposibilitan que muchas comunidades puedan participar regularmente en la celebración de la Eucaristía. Recordando que la Eucaristía hace a la Iglesia, nos preocupa la situación de miles de estas comunidades privadas de la Eucaristía dominical por largos períodos de tiempo. A esto se añade la relativa escasez de vocaciones al ministerio y a la vida consagrada” (DA 100, e).

⁹⁶ “La renovación misionera de las parroquias se impone tanto en la evangelización de las grandes ciudades como del mundo rural de nuestro continente que nos está exigiendo imaginación y creatividad para llegar a las multitudes que anhelan el Evangelio de Jesucristo” (DA 173).

⁹⁷ Ante la falta de vocaciones sacerdotales, la propuesta de rezar por las vocaciones es la que se propone siempre en los documentos del magisterio. Aunque los obispos de Aparecida no buscaban hacer planteos de tipo doctrinal, se sigue evitando el plantearse otras posibles soluciones, como la ordenación de “viri probati”.

hace de la piedad popular (DA 258-265)⁹⁸, de la que se hace una valoración muy positiva. Se considera que se trata de una verdadera espiritualidad popular, una mística popular, “no privada de riqueza evangélica”. Por lo tanto, al proponer evangelizarla o purificarla, lo que se intenta es partir de su riqueza, de modo que todo el pueblo fiel “reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más” (DA 262). Y los medios que se proponen son el mayor contacto con la Palabra de Dios, con los sacramentos, en especial la Eucaristía, y la práctica del amor solidario. Y se renueva la confianza en su potencial de transformación social⁹⁹.

Un segundo aspecto que es desarrollado en este capítulo es el proceso de formación de los discípulos misioneros, y dentro de él nos detenemos especialmente en la Iniciación a la vida cristiana (DA 286-294)¹⁰⁰. Comienza con el texto que ya citamos, constatando que muchos son los creyentes que no participan regularmente de la Eucaristía, ni reciben los sacramentos ni se integran a alguna comunidad. Y se propone “imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del compromiso ciudadano” (DA 286). En especial se ve cuestionado el modo en que se educa en la fe, con una iniciación cristiana pobre o fragmentada. Por lo tanto se propone una iniciación cristiana que ponga en contacto con Jesucristo, y que a partir de los tres sacramentos de iniciación considerados como una unidad, conduzca a la conversión y al seguimiento como discípulo¹⁰¹.

⁹⁸ Cfr. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, pp. 531.-534; J. LYDON, J. “Aparecida y la religiosidad popular: Cumbre de un desarrollo de reflexión”, Medellín, XXXIII (2007), pp. 537-549; J. SEIBOLD, “Piedad popular, Mística popular y Pastoral Urbana. Sus vinculaciones según el Documento de Aparecida”, Medellín, XXXV (2009), pp. 207-226.

⁹⁹ “Así procurarán un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía, y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino, se podrá aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular” (DA 262).

¹⁰⁰ Cfr. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, pp. 515-521.

¹⁰¹ “Podemos... describir la iniciación cristiana como aquel proceso por el que una persona es introducida al misterio de Cristo y a la vida de la Iglesia, a través de unas mediaciones sacramentales y extrasacramentales, que van acompañando el cambio de su actitud fundamental, de su ser y existir con los demás y en el mundo, de su nueva identidad como persona cristiana creyente, es decir, discípulo”. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 516.



En esta sección, la Eucaristía es nombrada en sentido estricto dos veces: primero, al recordar la unidad de los tres sacramentos de iniciación, “bautismo, confirmación y eucaristía, celebrados solemnemente en la Vigilia Pascual” (DA 288); y en segundo lugar al describir los rasgos del discípulo al que apunta la iniciación cristiana, luego de señalar el más importante, que Jesucristo sea centro de su vida, enumera los elementos ya señalados en otros números: el amor a la Palabra, la vida sacramental (se nombran la confesión frecuente y la participación en la Eucaristía), la inserción en la comunidad, la práctica de la solidaridad y el fervor misionero¹⁰².

Pero si la consideramos incluida implícitamente al tratar de toda la iniciación cristiana, entonces podemos encontrar varias afirmaciones valiosas. Pues la Eucaristía, como ya se ha comentado, representa la cumbre de la iniciación, pero no se limita a ella, sino que está destinada a continuar durante toda la vida de los fieles bautizados “principio y proyecto de la misión del cristiano” (DA 153). En ese sentido, se entiende el papel central de la práctica eucarística al presentar la iniciación cristiana como un proceso a partir del encuentro personal con Jesucristo “lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión” (DA 289). Y también su importancia al señalar la necesidad de una “catequesis mistagógica”¹⁰³, como introducción a la celebración de los sacramentos que conduce a la progresiva transformación de la vida del creyente y la transformación del mundo¹⁰⁴. Todo lo cual nos conduce a reconocer la centralidad de la Eucaristía en la formación de los discípulos misioneros según los principios de Aparecida.

¹⁰² “Como rasgos del discípulo, al que apunta la iniciación cristiana destacamos: que tenga como centro la persona de Jesucristo, nuestro Salvador y plenitud de nuestra humanidad, fuente de toda madurez humana y cristiana; que tenga espíritu de oración, sea amante de la Palabra, practique la confesión frecuente y participe de la Eucaristía; que se inserte cordialmente en la comunidad eclesial y social, sea solidario en el amor y fervoroso misionero” (DA 292).

¹⁰³ “Los obispos insisten que la iniciación cristiana es una experiencia que introduce en la celebración de los sacramentos, a través de los signos litúrgicos, que va transformando la vida (290-291). «Esto es lo que se llama ‘catequesis mistagógica’» (291)”. R. RUSSO, “La dimensión litúrgica”, p. 519. El autor completa con varias referencias a textos recientes del magisterio eclesial.

¹⁰⁴ “Se trata de una experiencia que introduce en una profunda y feliz celebración de los sacramentos, con toda la riqueza de sus signos. De este modo, la vida se va transformando progresivamente por los santos misterios que se celebran, capacitando al creyente para transformar el mundo” (DA 290).

2.3. Eucaristía y misión

Llegamos así a la tercera parte del documento de Aparecida, orientado a la misión que propone para toda la Iglesia en nuestro continente, con la intención de dar la vida de Jesucristo para nuestros pueblos¹⁰⁵. Ciertamente, aquí se encuentra presente de modo especial el sacramento que es para nosotros “pan de vida”, alimento que satisface el hambre de vida y de felicidad, lugar de encuentro con Cristo, que se identifica con nuestros hermanos más pobres, y por lo tanto origen y culminación de toda acción misionera.

Se presenta ante todo el gran anuncio que estamos llamados a realizar, que Jesucristo vino a darnos su propia vida divina¹⁰⁶. Este es el kerygma que anunciamos y que escuchamos. Que recibimos por la fe, para que por el bautismo nos incorporemos a la vida nueva en Cristo y a la participación en la Iglesia, comunidad de los discípulos y misioneros. De modo que ante el hambre y sed de vida y de felicidad de nuestros pueblos, el mismo Jesús se hace fuente de vida a la que accedemos sobre todo por la vida sacramental.

Nuestros pueblos no quieren andar por sombras de muerte; tienen sed de vida y felicidad en Cristo. Lo buscan como fuente de vida. Anhelan esa vida nueva en Dios, a la cual el discípulo del Señor nace por el bautismo y renace por el sacramento de la reconciliación. Buscan esa vida que se fortalece, cuando es confirmada por el Espíritu de Jesús y cuando el discípulo renueva en cada celebración eucarística su alianza de amor en Cristo, con el Padre y con los hermanos. Acogiendo la Palabra de vida eterna y alimentados por el Pan bajado del cielo, quiere vivir la plenitud

¹⁰⁵ “En la tercera parte se desarrolla el «obrar» (o «transformar»), donde se destacan más el eje «vida» y el eje «misioneros», porque se presenta la misión como una necesaria comunicación de la vida recibida (capítulo 7) (...). En los tres últimos capítulos se desarrollan grandes ámbitos de la actividad misionera de hoy, destacándose el desafío de la promoción de la dignidad humana”. V. FERNÁNDEZ, *Aparecida. Guía para leer el documento*, p. 28.

¹⁰⁶ “La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos “participes de la naturaleza divina” (2 P 1, 4), a participarnos de su propia vida. Es la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la vida eterna. Su misión es manifestar el inmenso amor del Padre, que quiere que seamos hijos suyos” (DA 348).



del amor y conducir a todos al encuentro con Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. (DA 350)

La Eucaristía, dentro del conjunto sacramental, es presentada dinámicamente, como renovación de la alianza de amor que en Cristo se realiza con el Padre y con los hermanos. Y como Pan del cielo que nos alimenta y nos permite vivir en el amor para la misión. Se aluden así otros dos textos eucarísticos de los evangelios: las palabras de Jesús en la Cena, al bendecir y entregar la copa con el vino¹⁰⁷, y el discurso de Jesús sobre el Pan de vida (Jn 6, 26-58). Culminando con la referencia a la tarea de poner a los demás en contacto con el mismo Jesús, camino, verdad y vida (Jn 14, 6).

En segundo lugar es presentado Jesús al servicio de la vida, en una larga lista de actitudes que lo ponen al servicio de la vida, entre las cuales se señala la multiplicación de los panes, e inaugurando un Reino de vida que incluye a todos, significado especialmente por la comida con los pecadores¹⁰⁸. A continuación se describe la Eucaristía como alimento para el camino, donde se sacia el hambre de vida y felicidad, nos permite participar ya desde ahora del banquete escatológico, y se proyecta en todas las dimensiones de nuestra existencia cotidiana. Se utiliza aquí la expresión de la Misa prolongada, retomando aunque sin explicitarlo la cita de San Alberto Hurtado del número 191 “¡Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada!”. Expresión de la profunda integración entre la Eucaristía y la vida a la que el Señor nos llama. Y que tiene una expresión concreta en la capacidad para reconocer su presencia en los más pobres, como lo recuerda Benedicto XVI en *Deus Caritas Est*, n° 15, y que son aquellos que tenemos que honrar como verdadero cuerpo de Cristo, según la cita tan significativa de San Juan Crisóstomo¹⁰⁹.

¹⁰⁷ “Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos” (Mateo y Marcos); “Copa de la Nueva Alianza que se sella con mi sangre” (Lucas y Pablo en la primera carta a los Corintios).

¹⁰⁸ “Jesús proclama y realiza el reino de dios comiendo con los hombres. Pero hay algo que llama escandalosamente la atención en la comidas de Jesús. Su comunión de mesa es con los desclasados y marginados de la época, tanto por el sistema religioso como por el social o económico”. M. DIAZ MATEOS, *El sacramento del pan*, Madrid, 1997, p. 147. Ver también L. H. RIVAS, “La Eucaristía y las comidas de Jesús”, especialmente, “La comida con los pecadores”, en AA. VV. *La Eucaristía fuente y culmen de la vida cristiana*, Buenos Aires, 1995, pp. 129-131.

¹⁰⁹ “En su Palabra y en todos los sacramentos, Jesús nos ofrece un alimento para el camino. La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad:

Por último, al retomarse las condiciones de la misión para comunicar la vida, se afirma la necesidad que lo hagamos con el estilo adecuado, y eso implica dos aspectos fundamentales: “con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera”. Con esta expresión se retoman de alguna manera las palabras de *Lumen Gentium* 11: la Eucaristía como “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”, que ya fueron citadas en DA 158 y 175, a; y la adaptación realizada por Benedicto XVI en *Sacramentum Caritatis* 17, que la considera “centro y fin de toda la vida sacramental”, ya citada en DA 153. Ahora se aplica esta misma condición eucarística a toda la actividad misionera de la Iglesia, que se puede considerar como la consecuencia concreta de la vida sacramental, y como la necesaria continuidad de una vida cristiana centrada justamente en la Eucaristía¹¹⁰.

Terminada esta exposición de los textos del capítulo 7 donde se encuentran las referencias principales a la Eucaristía, nos queda por recoger las expresiones que hallemos en los últimos tres capítulos del documento de Aparecida, donde se desarrollan los grandes ámbitos de la actividad misionera de la Iglesia. Y descubrimos que sólo encontramos algunas citas breves en el capítulo 9, al hablar del matrimonio y la familia, la indicación a “atenernos a la «coherencia eucarística», es decir, ser conscientes de que no pueden recibir la sagrada comunión y al mismo tiempo actuar con hechos o palabras

«El que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). En ese banquete, feliz participamos de la vida eterna y, así, nuestra existencia cotidiana se convierte en una Misa prolongada. Pero, todos los dones de Dios requieren una disposición adecuada para que puedan producir frutos de cambio. Especialmente, nos exigen un espíritu comunitario, abrir los ojos para reconocerlo y servirlo en los más pobres: «En el más humilde encontramos a Jesús mismo» (DCE 15). Por eso san Juan Crisóstomo exhortaba: «¿Quiéren en verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No lo honren en el templo con manteles de seda mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre san Mateo*, L, 3-4: PG 58, 508-509)” (DA 354).

¹¹⁰ “La fuerza de este anuncio de vida será fecunda si lo hacemos con el estilo adecuado, con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. Él sigue convocando, sigue invitando, sigue ofreciendo incesantemente una vida digna y plena para todos. Nosotros somos ahora, en América Latina y El Caribe, sus discípulos y discípulas, llamados a navegar mar adentro para una pesca abundante. Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza (*parresía*), a la misión de toda la Iglesia” (DA 363).



contra los mandamientos, en particular cuando se propician el aborto, la eutanasia y otros delitos graves contra la vida y la familia” (DA 436), en continuidad con lo que escribió Benedicto XVI en *Sacramentum Caritatis* n. 83. Y al tratar sobre los adolescentes y los jóvenes, una de las líneas de acción se refiere al proceso de acompañamiento vocacional que surge del encuentro con Jesucristo vivo y su seguimiento en la Iglesia, y que incluye la introducción gradual de los jóvenes “en la oración personal y la lectio divina, la frecuencia de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la dirección espiritual y el apostolado” (DA 446, c). Una vez más la práctica frecuente de la Eucaristía y la reconciliación son recomendadas como parte de una vida cristiana comprometida y como alimento del apostolado.

De este recorrido por el Documento de Aparecida podemos rescatar algunas líneas de desarrollo que se destacan en cuanto a la Eucaristía. Ante todo se retoma el tema de la comunión eclesial, que se alimenta con “el Pan de la Palabra y el Pan del Cuerpo de Cristo” (DA 158) y que permite exponer las relaciones dentro de la comunidad en términos de relaciones familiares, y a toda la Iglesia como “casa y escuela de comunión” (NMI 43). En este contexto se presentan los “lugares eclesiales para la comunión”, como la parroquia (DA 175-177) o las Comunidades Eclesiales de Base (DA 180), centradas en la Eucaristía, de modo que en ella se renueva su vida y se orientan a dar frutos. Se trata por tanto de una visión de la Iglesia que insiste en la consolidación de la comunidad en espíritu de comunión, pero que no permanece cerrada en sí misma sino se abre inmediatamente en su proyección misionera.

Un segundo aspecto que vale la pena subrayar es la atención al tema de los discípulos – misioneros, en especial de la vocación a la santidad, que encuentra su cumbre en la Eucaristía (DA 153); y el itinerario de su formación, donde adquiere una importancia central nuevamente la Eucaristía, como “lugar privilegiado de encuentro del discípulo con Jesucristo” (DA 251), donde su vida adquiere cada vez más una “forma eucarística”, y de la cual surge su impulso misionero. Con una especial atención a la importancia de “vivir según el domingo” para su maduración y la necesidad de intensificar la “pastoral del domingo (DA 252, citando DI 4). Y por otra parte se desarrolla la propuesta de la Iniciación Cristiana y los itinerarios de catequesis permanente, con el lugar especial que ocupa en ellos la Eucaristía.

Por lo tanto, lo que se decía de la comunidad eclesial, se afirma aquí con la misma profundidad al hablar de los discípulos, convocados a vivir cada vez más una vida eucarística, en la cual se encuentra con Jesucristo, fortalece su vocación comunitaria, y alimenta su espíritu misionero con “la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido”: La vida eucarística lleva a la misión, la misión se nutre de la vida eucarística.

Desde aquí podemos recordar entonces un tercer tema que señalamos en la relación de la Eucaristía con la misión, que se expone en algunos números del Capítulo 7 del Documento de Aparecida: “La misión de los discípulos al servicio de la vida plena”. Por eso encontramos que las referencias eucarísticas se ordenan en torno al alimento de la vida nueva que Cristo nos trae y que la misión de los discípulos busca transmitir a todos, alimento para la existencia cotidiana, que se transforma en “Misa prolongada” (DA 354), participación del banquete de la vida eterna, y finalmente exigencia de una apertura a reconocer la presencia de Jesús en los más pobres. Culmina con la expresión más profunda de esta relación, que considera a “la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera” (DA 363). La Eucaristía no puede estar separada de la misión, en la medida que ambas se refieren a la vida en Cristo, eje central del Documento de Aparecida.

Por último, como ya lo indicamos al comentar los Documentos de Asambleas anteriores, se observa una presencia muy limitada de la Eucaristía al tratar temas como la familia y la juventud (Capítulo 9), y ninguna referencia en los capítulos 8, sobre la promoción humana, y 10, sobre nuestros pueblos y la cultura. Más allá que no se pretenda encontrar referencias eucarísticas en todos los asuntos tratados, parece que falta una mayor consideración de las consecuencias prácticas de la celebración eucarística, sobre todo en su proyección hacia la justicia social y todos los aspectos de una promoción humana integral. Volveremos sobre este punto en la última parte de este trabajo.

3. De Medellín a Aparecida: La Eucaristía como centro de la vida eclesial y su proyección a la misión

Si hacemos un recorrido por todos los documentos que hemos presentado, desde Medellín hasta Aparecida, constatamos la presen-



cia de la Eucaristía como uno de los ejes principales en torno a los cuales se construye la Iglesia, en cada pequeña comunidad, en la vida parroquial, en la Iglesia local. En el contexto de la comunión eclesial, la Eucaristía aparece como centro en torno al cual se reúne la comunidad y fuerza que consolida la unidad de la Iglesia como cuerpo. Del mismo modo, desde aquí se desarrolla la proyección hacia la evangelización y la misión, como un aspecto que no puede separarse de la comunión. En esta tercera parte daremos una visión general de nuestro tema a lo largo de los Documentos eclesiales que hemos presentado. En tres pasos:

En primer lugar, expondremos de modo sistemático las fuentes utilizadas, en particular las citas o referencias de la Escritura, la Tradición y el Magisterio, sobre todo el Vaticano II y los escritos pontificios más recientes. En un segundo punto vamos a retomar algunas observaciones críticas, en particular sobre aquellos aspectos cuya ausencia conviene señalar, o los que necesitan todavía un mayor y más profundo desarrollo. En tercer lugar, para no repetir lo que ya se dijo en el comentario del Documento final de cada Asamblea, rescataremos las formulaciones teológicas que parecen más destacadas y originales, que de algún modo representen formas nuevas de expresar el valor de la Eucaristía como centro de la vida eclesial y de su misión¹¹¹.

558

medellín 152 / Octubre - Diciembre (2012)

3.1. Recorrida por las fuentes utilizadas

Después de estas observaciones críticas que nos parecen más importantes, hacemos una visión sintética de los documentos cuyos textos analizamos. Y lo hacemos primero a través de una recorrida por las fuentes que utilizan, comenzando por alguno de los textos eucarísticos más importantes del Nuevo Testamento. En ese sentido, se hace referencia al don que nos ha hecho el Señor al dejarnos la Eucaristía (“Haced esto en memoria mía”, Lc 22, 19 en DP 247; la institución del sacramento del amor, Mc 14, 24 en DSD 6); en la cual nos encontramos con el Señor resucitado que se nos manifiesta como a los discípulos de Emaús “al partir el pan” (cfr. el largo comentario

¹¹¹ A veces se retoman citas de otros textos, pero al ser asumidas en los documentos episcopales adquieren un sentido nuevo, y en ese sentido los consideramos originales.

del episodio de Emaús en el Mensaje a los Pueblos de América Latina y el Caribe que escriben los Obispos en Santo Domingo, números 23 a 26; y la referencia de Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de la Conferencia de Aparecida, número 4). Por otra parte, al participar de su mesa, nos hace miembros de un solo cuerpo (1 Co 10, 17 en DA 158); y así se constituye la comunidad, a imagen de aquellos primeros discípulos de Jerusalén, texto citado con interés por Aparecida, como dijimos, en cuatro ocasiones: al presentar la Eucaristía como fuente de la comunión de los discípulos misioneros (DA 158), la parroquia como lugar de comunión (DA 175 y 178), y finalmente la conversión pastoral de nuestras comunidades, necesaria para la misión (DA 369). De este modo el acento se va desplazando desde la conformación de la comunidad a la misión a la que debe comprometerse. Lo mismo sucede con las referencias al discurso del Pan de vida (Jn 6) que se hacen en dos ocasiones: como acción de gracias por la Eucaristía que nos alimenta como pan de vida (DA 106), y al presentarla como alimento capaz de saciar el hambre de paz y felicidad (DA 354), también en el contexto de la misión eclesial.

En cuanto a las referencias patrísticas, sólo encontramos en los textos analizados una cita textual, en el Documento de Aparecida 354 que trae el texto de San Juan Crisóstomo que invita a honrar el cuerpo de Cristo en los pobres antes que en el templo¹¹². Es importante que se traiga este texto en el contexto de la misión, al recordar que la Eucaristía es alimento de vida y felicidad, participación de la vida eterna, que al mismo tiempo nos exige espíritu comunitario y reconocer su presencia en los más pobres. Por otra parte, reconocemos algunos escritos de los Padres como fundamento de dos de los textos conciliares citados. En primer lugar SC 41, (citado por Med. 9, Liturgia, 8b) que habla de una única celebración eucarística en torno al obispo, cuya referencia son varios textos de San Ignacio de Antioquía nombrados en la nota 35. Y luego PO 6, tratando de la Eucaristía como raíz y quicio de toda comunidad cristiana, que se refiere a la Didascalía II, 59, 1-3, según la nota 31, texto que insiste en la convocatoria al pueblo de Dios para que participe en la Asamblea

¹¹² “¿Quiéren en verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No lo honren en el templo con manteles de sed mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez”. Homilías sobre San Mateo, L, 3-4: PG 58, 508-509).



eucarística, en su carácter de miembro de Cristo: “Sois miembros de Cristo, no os disperséis, pues, lejos de la Iglesia, negándoos a reuniros; Cristo es vuestra cabeza (...) no dividáis su cuerpo, ni lo disperséis”. Como vimos oportunamente, este texto del Decreto sobre los Presbíteros aparece citado o como referencia varias veces: En el documento de Medellín al tratar la Religiosidad Popular (Med. 6, Rel. Pop., 9), para fundamentar que la salvación y la santificación se viven no individualmente, sino en comunidad; y en el Capítulo sobre la Liturgia (Med. 9, Liturgia, 3), cuando incorpora en la cita una frase más, recordando que la celebración eucarística será sincera y plena, sólo si conduce a las obras de caridad, a la misión y el testimonio; por último, en el Documento de Puebla, se hace la referencia al tratar el ser y obrar del sacerdote y la identidad de su servicio a la comunidad (DP 662).

Si consideramos las referencias magisteriales, además de los textos del Concilio Vaticano II ya citados en el párrafo anterior, se retoman de la Constitución *Lumen Gentium* el número 11, la Eucaristía como fuente y culmen de la vida cristiana (DA 158) y el número 26, que presenta como parte del oficio de los obispos de santificar, su responsabilidad sobre la Eucaristía “mediante la cual la Iglesia continuamente vive y crece”, en Med. 6. Past. Pop., 9, a continuación y como reforzando el texto ya citado de PO 6. También se cita el número 10 de la Constitución sobre la Liturgia, que afirma a la Eucaristía como centro y culmen de la vida sacramental de la Iglesia, con referencia en Puebla (DP 923). Mientras que en Puebla y en el documento de Santo Domingo se cita SC 10, pero referido a la liturgia en general, cumbre y fuente de toda la actividad de la Iglesia (DP 918 y DSD 34). Finalmente encontramos en Santo Domingo la referencia a CD 11, para afirmar que los fieles y los pastores son “congregados por el Espíritu Santo en torno a la Palabra de Dios y a la mesa de la Eucaristía” (DSD 11), y completa con la apertura a la misión, ya que también son “enviados a proclamar el Evangelio, anunciando a Jesucristo y dando testimonio del amor fraterno (DSD 11). Se trata, por lo tanto, en la mayor parte de las referencias citadas, de fundar la comunidad en torno a la eucaristía, pero sin olvidar aquí tampoco que la auténtica celebración debe proyectarse en la vida de amor y en la misión.

Por otra parte, sobre todo en algunos de los textos citados, abundan las referencias al magisterio pontificio, en algunos casos, al mismo Discurso de apertura de cada Conferencia, u otras alocuciones de los papas en circunstancias cercanas; y en otros casos a documentos papales publicados un tiempo antes y resultan próximos a las mismas conferencias. Los reconocemos sobre todo en los documentos conclusivos de Santo Domingo y Aparecida¹¹³.

En el primero, donde para algunos se citan casi en exceso los documentos pontificios¹¹⁴, podemos presentar el número 35, en cual afirma que la liturgia es medio especial para que el Evangelio penetre en el corazón de las culturas, lo completa con citas de discursos de Juan Pablo II¹¹⁵, mientras que en el número 43 se observa con sentido crítico que se ha descuidado la seria formación litúrgica según instrucciones y documentos del magisterio, con referencia a la Carta apostólica *Vicesimus quintus annus*, 4.

Más adelante, y en relación más directa con nuestro tema, se destaca el número 55, con dos citas textuales de la Exhortación apostólica *Christifideles laici* a las que ya hicimos referencia: “la comunión y la misión están íntimamente unidas entre sí” (ChL 32), y la definición de la Iglesia particular como “comunión orgánica” en la que están presentes “la diversidad y la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades” (ChL, 20). Ambas citas desembocan en las palabras del Juan Pablo II en el Discurso Inaugural donde incluye a

¹¹³ En el documento de Puebla podemos rescatar en números citados, dos referencias a Homilias de Juan Pablo II durante su visita a México con ocasión de la misma Asamblea del CELAM, en su valoración de la religiosidad popular (DP 454), y la presentación de la auténtica devoción a la Virgen como una de las características claves del evangelizador (DP 700); y la valoración de las Comunidades Eclesiales de Base, citando un texto que se atribuye a EN 58, aunque no se lo encuentra en dicha Exhortación Apostólica. Pero ninguno se refiere directamente a la Eucaristía y su aporte a la vida y misión de la Iglesia.

¹¹⁴ El Papa es nombrado prácticamente en todas las páginas. Las referencias al Papa son muy numerosas y la posición que ocupan es sustantiva. (...) Sólo el discurso inaugural del Papa aparece con más fuerza en el Documento que todo el trabajo previo al mismo y toda la tradición de nuestras anteriores Conferencias”. J. LEGORRETA y J. L. FRANCO, “Eclesiología en el Documento de Santo Domingo”, Voces, 3 (1993), p. 47. Los autores critican el intento de instrumentalizar la figura papal para fortalecer una eclesiología cuya fuente y centro esté sólo en la jerarquía.

¹¹⁵ Se cita el Discurso Inaugural, 20, con referencia al Discurso a los intelectuales en Medellín del 5.7.86, 2; y más adelante se hace referencia al Discurso a la UNESCO, del 2.6.80, 6.



todo el Colegio episcopal con el sucesor de Cristo a la cabeza” como presente en la “unidad de la Iglesia local, que brota de la Eucaristía” (Juan Pablo II, D.I. 25)¹¹⁶. Con lo cual constatamos el lugar principal de la Eucaristía como fuente de la unidad de la Iglesia local, de la que surge su comunión orgánica, que se proyecta en el dinamismo comunión-misión como dos realidades que no se pueden separar. Esta visión se completa un poco más adelante con el número 58, que considera a su vez a la parroquia “fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística”, citando también a *Chistifideles laici*, 26. Por último, retomamos el número 123, que tiene una referencia breve a la Eucaristía como medio para vivir “la unidad de nuestras Iglesias en la caridad, comunicando y anunciando esa comunión a todo el mundo” (DSD 123), que hace referencia a *Evangelii nuntiandi* 15, donde se afirma que la vida íntima de la Iglesia, que describe glosando Hech. 2, 42-46 y sus paralelos, “no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio” (EN 15). De nuevo se presentan integradas ambas dimensiones: la vida de caridad de la comunidad, que entre otros aspectos alimenta la Eucaristía, y la misión evangelizadora como testimonio de esa misma comunión.

En cuanto al Documento de Aparecida, se destacan en primer lugar las referencias al Discurso Inaugural de Benedicto XVI, que en el punto 4, al comentar del lema de la Conferencia “Para que en El tengan vida”, trata de la Eucaristía y de la misa dominical, lugar de encuentro con Cristo y de compromiso con la evangelización y la solidaridad. Terminando con las palabras que son luego citadas en el número 128, “Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor”, por cuya acción Latinoamérica además del continente de la esperanza será el continente del amor. Todo un programa para la misión de la Iglesia entre nosotros. También es retomado el tema de la Eucaristía celebrada el domingo en el número 252, donde se recuerda la invitación a promover la “pastoral del domingo” y a darle “prioridad en los programas pastorales”, para llegar a “vivir según el domingo” (DA 252); y en el 305 al tratar de las parroquias, se confirma a la Eucaristía dominical como “momento privilegiado del encuentro de

¹¹⁶ Este número es un verdadero mosaico de citas, ya que a las ya nombradas se agregan una del documento de Puebla (DP 224) y una del Vaticano II (LG 23), más una referencia a *Redemptoris missio* 54.

las comunidades con el Señor resucitado” (DA 305). Por lo tanto la celebración dominical de la Eucaristía no es sólo un precepto que hay que hacer cumplir, sino lugar de crecimiento y maduración del discípulo-misionero, que se encuentra allí con el Señor, y al mismo tiempo profundiza su vivencia comunitaria y el impulso para la misión.

En segundo lugar encontramos varias citas y referencias de la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, publicada unos pocos meses antes de la celebración de la Conferencia de Aparecida, que recoge los aportes del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía¹¹⁷. Con respecto a la Eucaristía y la vida eclesial, se afirma que la Eucaristía lleva a la iniciación cristiana a su plenitud, y por eso es centro y fin de toda la vida sacramental (SCa 17, citado en DA 153); que el amor a la Eucaristía lleva a apreciar cada vez más el sacramento de la Reconciliación (SCa 20, citado en DA 177); se recuerda que cada gran reforma de la Iglesia estuvo vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía (SCa 6, con referencia en DA 252); y que la meta del ecumenismo está en llegar a celebrar juntos la Eucaristía todos los que creemos en Cristo (SCa 56, citado en DA 228).¹¹⁸ Por último recordemos lo que ya comentamos oportunamente, como el número 251 de Aparecida trata de las tres dimensiones de la vocación cristiana y la forma eucarística de la existencia, temas que se encuentran presentes en la Exhortación apostólica, aunque no se haga referencia expresa en el texto citado. En el contexto de la misión, se encuentra la invitación a tener una actitud de “coherencia eucarística”, en relación con delitos graves que se cometen contra la vida y la familia (SCa 83, con referencia en DA 436).¹¹⁹

¹¹⁷ Hay que notar que tanto la edición impresa del Documento de Aparecida que hemos utilizado como las versiones en Internet que pudimos consultar, refieren varias de las citas se *Sacramentum caritatis* con la sigla SC que corresponde, según las Siglas del mismo libro a *Sacrosanctum concilium*. Por ejemplo en los números 153, 177, 228 y 252. Algunas referencias en cambio, están indicadas correctamente con la Sigla SCa. Valga el aviso para el que no lo había descubierto.

¹¹⁸ Las tres primeras referencias están tomadas de la primera parte del documento papal, “Eucaristía, misterio que se ha de creer”, y corresponden a diversos aspectos del sacramento que Benedicto XVI va desarrollando. Y la cuarta corresponde al comentario de la “Actuosa participatio”, que hace el papa en la segunda parte.

¹¹⁹ Aquí la referencia de toma justamente de la tercera parte de la Exhortación apostólica donde se desarrolla la Eucaristía como misterio que hay que vivir.



Fuera de estas dos fuentes principales encontramos otras dos referencias al magisterio papal: la designación de la Iglesia que celebra la Eucaristía como “casa y escuela de comunión”, citado de la Carta apostólica, *Novo millennio ineunte*, 43 (DA 158). En este número, Juan Pablo II propone para el nuevo milenio el gran desafío de promover una espiritualidad de la comunión, que mira ante todo al misterio de la Trinidad que habita en nosotros, pero también apertura al hermano en la unidad profunda del cuerpo místico, para ver en él lo positivo que tiene y vivirlo como regalo de Dios, de modo de darle espacio en mi vida y compartiendo la carga de los demás. La Eucaristía como núcleo fundamental de la espiritualidad de comunión a la que está llamada la comunidad eclesial al comienzo de este nuevo milenio. Y la referencia a la Audiencia General de Benedicto XVI en el mismo viaje a Brasil, donde propone a la comunidad parroquial seguir el ejemplo de la primera comunidad cristiana como es presentada en Hech. 2, 46-47 (DA 175). Descubrimos aquí la fuente de donde surge la importancia que Aparecida le dará al texto de los Hechos, como ya lo señalamos oportunamente. Vistos en conjunto, ambos textos nos invitan a mirar al pasado, en las fuentes de la tradición, en el presente de la vida eclesial, y en su proyección al futuro, la fuerte presencia de la Eucaristía en la conformación de la comunidad, y en su apertura a la misión.

3.2. *Algunas observaciones críticas*

Como decíamos ya en el comentario a los Documentos de las Asambleas del Episcopado Latinoamericano, cuando se trata de dimensiones de la misión eclesial que corresponden más a su proyección hacia el mundo, en la búsqueda de una sociedad más justa y que se concreta en la actuación de los cristianos en la cultura, la política, la economía, etc., constatamos que las referencias a la Eucaristía son mucho menores, o a veces desaparecen totalmente de toda una sección o de capítulos enteros de alguno de estos documentos. Por ejemplo: El documento de Medellín no trae ninguna referencia eucarística en los cinco primeros documentos agrupados bajo el título de “Promoción Humana”. Por su parte en Puebla se hacen mas escasos estos textos en la cuarta parte, titulada “Iglesia Misionera al servicio de la Evangelización en América Latina”, e incluso no se encuentran al tratar la “Opción preferencial por los pobres” (Cap. 1, 1134-1165).

En Santo Domingo, mientras encontramos la presencia de la Eucaristía en el capítulo 1 de la segunda parte, que corresponde a la Nueva Evangelización, prácticamente no se la cita ni en el capítulo 2, “la promoción humana”, ni en el 3, “la cultura cristiana”. Finalmente, en Aparecida no vemos referencias ni en el capítulo 8, “Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”, ni en el 10, “Nuestros pueblos y la cultura”, mientras que son escasas y muy puntuales las citas del capítulo 9, “Familia, personas y vida”.

Es cierto que no se puede pretender una especie de “paneucaristismo”, si se nos permite la palabra, y es comprensible que no se haga referencia a la Eucaristía al tratar algunos temas, pero llama la atención que no aparezca ninguna alusión, por ejemplo, en ninguno de los capítulos dedicados a la promoción humana y la opción preferencial por los pobres. O cuando se trata de la evangelización de la cultura. Es cierto que en otras secciones encontramos numerosas expresiones que proyectan la celebración eucarística en sus frutos de caridad, de solidaridad, incluso de compromiso con un mundo más justo. Pero queda la impresión, y creemos que con fundamento, que todavía seguimos viendo a este sacramento sobre todo como una realidad intra-eclesial, y no profundizamos del todo su potencial de proyección social e incluso política.

En ese sentido valdría la pena volver sobre intuiciones muy sugerentes, como la invitación de Medellín a los sacerdotes, para que se comprometan en el proceso de desarrollo del continente, desde su lugar propio, y en ese sentido, procurar que “todo el quehacer temporal adquiera su pleno sentido de liturgia espiritual, incorporándolo vitalmente en la celebración de la Eucaristía” (Med. 11, Sacerdotes, 18). O la expresión de confianza de Puebla con los constructores de una sociedad pluralista en América Latina, como mensajeros de nuevas esperanzas, porque “sabemos que en el Evangelio, en la oración y en la Eucaristía, tratarán de encontrar la fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora” (DP 1253). O la propuesta animosa que más recientemente nos dejara Benedicto XVI en Aparecida, “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor que transformará Latinoamérica y El Caribe para que además de ser el Continente de la esperanza, sea también el Continente del amor!” (DI 4, citado por DA 128).



Un segundo aspecto que todavía requiere un mayor desarrollo es el de la inculturación de la celebración eucarística, en el contexto de toda la inculturación litúrgica¹²⁰. Aquello que Medellín deseaba, en términos de “adaptación” de la liturgia, que le permitiera “adaptarse y encarnarse en el genio de las diversas culturas (Med., 9. Lit., 7, b). Que no es retomado de modo explícito por Puebla, a pesar de la importancia que le concede a la evangelización de la cultura. Llegado Santo Domingo ya se la considera una deuda, pues “no se atiende todavía al proceso de una sana inculturación de la liturgia” de modo que no sólo se debilitaba la vivencia de la celebración, sino también la falta de “un compromiso solidario para la transformación del mundo” (DSD 43). Por su parte el documento de Aparecida constata como un valor de la Iglesia en América Latina y el Caribe que “se han hecho algunos esfuerzos por inculturar la liturgia en los pueblos indígenas y afroamericanos” (DA 99 b) en el contexto de la renovación litúrgica. En esa línea afirma que “es prioritario hacer traducciones católicas de la Biblia y de los textos litúrgicos a sus idiomas”. En cuanto a la inculturación de la fe, que enriquece a la Iglesia “logrando unir más la fe con la vida y contribuyendo así a una catolicidad más plena, no solo geográfica, sino también cultural” (DA 479), se ve dificultada por el actual pluralismo cultural, el individualismo “responsable del relativismo ético y la crisis de la familia” (ibid.)¹²¹. En todo caso parece que a nivel de la liturgia estamos todavía en la etapa de la traducción de los textos, y de una tímida adaptación, pero no de una mayor y auténtica inculturación¹²².

¹²⁰ Puede verse R. RUSSO, “La inculturación de la liturgia”, Med., LXXIX (1994), pp. 357-395.

¹²¹ Una dificultad que ya constataba el P. Russo en el artículo citado: “En estos años del posconcilio se ha hecho con una mayor extensión el estudio de la liturgia”, pero “el estudio de la cultura, por ser una realidad más compleja, es más difícil. Pues discernir qué valores están propiamente arraigados en la propia cultura y cuáles entre ellos pueden ser asimilados por la liturgia cristiana, cómo resolver el problema de la multiplicidad de culturas en una misma comunidad eclesial, que aspectos pertenecen a la sensibilidad profunda del pueblo y cuáles a grupos particulares, son, entre otras, preguntas que debemos formularnos desde la cultura”. R. RUSSO, “La inculturación de la liturgia”, p. 393.

¹²² Un ejemplo de traducción más adaptada, es que sólo recientemente se incorporó la forma verbal del “ustedes” en la versión local del Misal Romano, incluso en las palabras de la consagración, y esto no en todos los países de América Latina. En cuanto a la adaptación de formas litúrgicas que avanza con timidez, basta con recordar que el simple gesto de poder recibir la comunión eucarística en la mano fue autorizado en Argentina recién en agosto de 1996, veinte años después que en España.

Por último podemos indicar una problemática que se expone en los documentos, y que por ahora queda abierta en la búsqueda de su resolución. Se trata de la importancia de la celebración eucarística, y en particular de la Misa dominical para la vida de las comunidades cristianas, y la dificultad que se presenta ante la falta de sacerdotes para su celebración.

Ya la Primera Conferencia de Río de Janeiro en 1955 eligió como “objeto central de su labor el problema fundamental que aflige a nuestras naciones, a saber: la escasez de sacerdotes” (Río de Janeiro, Declaración, 1). Todas las Conferencias han señalado esta situación, aún cuando desde las nuevas orientaciones del Concilio se alienta y valora el aporte de los laicos y su compromiso eclesial.

Por otra parte se ha subrayado, como vimos más arriba, el papel de la celebración eucarística en la consolidación de la comunión eclesial, y en su proyección misionera. Santo Domingo señala como carencia que no se tome conciencia de esta centralidad de la liturgia, y por eso “se pierde en muchos el sentido del “día del Señor” y de la exigencia eucarística que conlleva, [y] persiste la poca participación de la comunidad cristiana” (DSD 43). Y Aparecida, a partir de la clara exhortación papal en el Discurso Inaugural¹²³, insiste en la necesidad de dar prioridad a la pastoral del domingo en los programas pastorales (cfr. DA 252). Pero al mismo tiempo constata con dolor que “el insuficiente número de sacerdotes y su no equitativa distribución imposibilitan que muchas comunidades puedan participar regularmente en la celebración de la Eucaristía” (DA 100, e).

De este modo se plantea un problema que no es sólo pastoral, porque hace al fundamento mismo de la Iglesia. Así lo reconocen los obispos en Aparecida, al recordar “que la Eucaristía hace a la Iglesia, nos preocupa la situación de miles de estas comunidades privadas de la Eucaristía dominical por largos períodos de tiempo” (DA 100, e).

¹²³ “De aquí la necesidad de dar prioridad, en los programas pastorales, a la valoración de la misa dominical. Hemos de motivar a los cristianos para que participen en ella activamente y, si es posible, mejor con la familia. La asistencia de los padres con sus hijos a la celebración eucarística dominical es una pedagogía eficaz para comunicar la fe y un estrecho vínculo que mantiene la unidad entre ellos. El domingo ha significado, a lo largo de la vida de la Iglesia, el momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado”. BENEDICTO XVI, “Discurso inaugural”, 4.



Y si bien se recuerda que incluso las comunidades que no cuentan regularmente con la Misa dominical “pueden y deben vivir «según el domingo»”, ayudados por la “celebración dominical de la palabra”, no es esta la solución. Que por el momento, como dijimos, se plantea desde la invitación a rezar y a trabajar por el aumento de vocaciones sacerdotales. Otros caminos que se podrían explorar no parecen fáciles. Por ejemplo conceder más facultades en la celebración eucarística a los diáconos permanentes, se encuentra con el fuerte condicionamiento de su condición no sacerdotal, recientemente confirmada por documentos de la Santa Sede¹²⁴. Y algún tipo de morigeración en la disciplina del celibato que permitiera introducir en ciertas circunstancias la ordenación sacerdotal de hombres casados, no se avizora como algo próximo, pero siempre se mantiene como una posibilidad.

3.3. Formulaciones teológicas más destacadas

En este tercer punto reunimos algunas de las formulaciones teológicas que resultan novedosas o especialmente sugerentes al fundamentar la presencia de la Eucaristía como fuente de comunión, de unidad y de vida en la Iglesia, como así también su proyección hacia la misión. Nos vamos deteniendo en el documento conclusivo de cada Asamblea, para recoger sólo aquellos textos que consideramos de mayor valor y originalidad.

El documento final de la Conferencia de Medellín retoma, como vimos, la temática clásica de la Eucaristía como centro y fuente de la comunidad cristiana, a través de textos del Concilio Vaticano II, como SC 41 y PO 6, con sus respectivas fuentes patrísticas. E invita a la celebración eucarística en pequeños grupos aplicando nuevas orientaciones pastorales que se comenzaban a difundirse en ese momento sobre todo con las Comunidades Eclesiales de Base.

¹²⁴ En esta línea se encuentra el cambio introducido por la Congregación para la Doctrina de la Fe en la edición definitiva del Catecismo de la Iglesia Católica de 1997 en el nº 875. Y la corrección al CIC indicada por Benedicto XVI por el Motu proprio *Omnium in mentem*, del 26 de octubre de 2009.

Podemos señalar además, dos textos de especial valor teológico. En primer lugar, en el Documento sobre la Pastoral de Conjunto, trae una definición de la Iglesia y su misión que prepara y anticipa el desarrollo de la eclesiología de comunión. Pues define a la Iglesia como “misterio de comunión católica”, convocada por la Palabra y los sacramentos “particularmente... la Eucaristía”, y que convoca a todos los hombres, a la “común dignidad de hijos de Dios”, a la “común misión de dar testimonio” de la salvación (Med. 15, Past. de Conjunto, 6). En segundo lugar, refiriéndose a los sacerdotes, logra una formulación de gran riqueza para precisar su misión respecto del proceso de desarrollo tan necesario en América Latina. Aquí, precisando que su tarea no es la de ser “meramente un promotor del progreso humano”, los invita no tanto a proyectar la celebración eucarística en la misión temporal, sino más bien a procurar “que todo el quehacer temporal adquiera un pleno sentido de liturgia espiritual, incorporándolo vitalmente en la celebración de la Eucaristía” (Med. 11, Sacerdotes, 18). Con lo cual se proponía un camino de integración entre las dimensiones espirituales y temporales, centradas justamente en la Eucaristía, que no parece se haya seguido profundizando. Y que sin duda podría haber evitado tantas antinomias y conflictos entre ambas dimensiones de la misión sacerdotal como se vivieron en años posteriores. Un texto que vale la pena recordar y retomar también en nuestros tiempos.

En cuanto a la Conferencia de Puebla, encontramos un aporte muy interesante en la presentación de la Iglesia como Pueblo pero también como Familia de Dios. Y es la Eucaristía la que significa su unidad en la realidad más profunda “pues congrega al Pueblo de Dios, como Familia que participa de una sola mesa, donde la vida de Cristo, sacrificialmente entregada, se hace la única vida de todos” (DP 246). La mesa del altar se entiende como mesa familiar, en torno a la cual Cristo reúne a su pueblo y le da la vida.

Más adelante, cuando se pasa en la Tercera Parte del Documento a la exposición sobre la Evangelización, se presentan los centros de comunión y participación. Ya que la Iglesia, comunidad fraterna de caridad teologal, fruto especialmente “de la celebración del Misterio Pascual de Cristo Salvador en la Eucaristía” realiza su tarea a través de “lugares preferenciales de evangelización en orden a edificar la Iglesia



y a su irradiación misionera” (DP 567). Y aquí se encuentra la reflexión teológica sobre la familia desarrollada en torno a la Eucaristía:

En la Eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud ofe-
rente, ejerce el sacerdocio común y participa de la Eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así, la comunión familiar. Vivir la Eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado (DP 588).

Aunque ya comentamos este texto, podemos subrayar ahora que a través de la Eucaristía, la familia se relaciona con realidades fundamen-
tales como el Reino, la Alianza, y la Pascua. Y al mismo tiempo se releen, desde la celebración eucarística, los valores centrales de la vida familiar, el diálogo compartido que profundiza la comunión, la acogida mutua entre los miembros de la familia, y sobre todo la presencia en su centro del Señor Jesús.

570

En el capítulo sobre los agentes de comunión y participación, se expone la misión propia del sacerdocio al servicio de la comuni-
ón. Que se refiere a la Eucaristía como fuente de dicha unidad. El sacerdocio es “por la Palabra y la Eucaristía, servicio de la unidad de la comunidad” (DP 661). Y esta afirmación se confirma al recordar, con referencia a PO 6, que “el ser y obrar del sacerdote, en la identidad de su servicio, está referido a la Eucaristía, raíz y quicio de toda comunidad”. Para concluir “donde hay Eucaristía hay Iglesia” (DP 662). El sacerdote, por lo tanto, participa por una parte del poder o la autoridad de Cristo y en ese sentido vive su ministerio como Profeta, Liturgo y Rey, por otra parte, se aclara que este poder y este ministerio lo recibe para el servicio de la comunidad. Son los dos polos –ministro de Cristo, servidor de la comunidad- entre los que se desarrolla la vida sacerdotal.

Cuando se trata de los medios para la comunión y la participación se destaca lo que se afirma sobre la liturgia, dentro de la cual ocupa un lugar especial la celebración eucarística. Se la relaciona con Cristo, en cuanto ejercicio de su sacerdocio, y con la Iglesia –con referencia a SC 10-, sobre todo como “fiesta de la comunión eclesial”, se convierte en mediación para la liberación y la reconciliación, ambos frutos especiales de la Eucaristía. Para proyectarse en la acción de la Iglesia, como “fuerza en el peregrinar, a fin de llevar a cabo, mediante el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios” (DP 918). De este modo la liturgia no queda limitada a una práctica meramente intra eclesial, sino se transforma en lugar de evangelización, que reúne la liberación, la reconciliación y el compromiso por el Reino, como dimensiones ineludibles de la misión de la Iglesia.

Finalmente el Documento de Puebla desarrolla la acción puramente misionera de la Iglesia en América Latina, y lo hace en cuatro capítulos. En los cuales encontramos sólo una referencia valiosa a la Eucaristía, cuando trata de los Constructores de la sociedad pluralista en América Latina, como modo de enfrentar los graves problemas sociales y económicos de nuestro continente. En este ámbito les propone la “participación eucarística” como uno de los medios –junto con la oración y la consideración de la Palabra de Dios- para superar “las tentaciones que los llevan a encerrarse en el ámbito de las realidades terrenas sin apertura a las exigencias del Evangelio” (DP 1225). Este es uno de los principios orientadores de la pastoral de la Iglesia, llevada adelante por todos, en especial por los laicos. Por eso a todos los animan los obispos, en la conclusión de este capítulo, ofreciéndoles su confianza, como “mensajeros de nuevas esperanzas”, e invitándolos de nuevo a recurrir al Evangelio, la oración y la Eucaristía, como “fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora” (DP 1253). Los tres medios fundamentales tanto para no perder de vista las exigencias del evangelio en la tarea de promoción humana y progreso terreno, como también como lugar donde tomar fuerza para la realización de esta tarea tan exigente y comprometida.

Si pasamos al documento final de Santo Domingo, encontramos dos referencias eucarísticas en la Profesión de fe de la Primera parte,



que retoman aspectos fundamentales de la Eucaristía y su acción eclesial. Así se recuerda la institución por parte de Jesucristo de este sacramento que es “memorial de su sacrificio”, alimento de comunión y de solidaridad, viático para el camino (DSD 6). También se confiesa la fe en la Iglesia, cuyos miembros al mismo tiempo que son “congregados por el Espíritu Santo (cf. CD 11) en torno a la Palabra de Dios y a la mesa de la Eucaristía, son a su vez enviados a proclamar el Evangelio, anunciando a Jesucristo y dando testimonio de amor fraterno” (DSD 11). Quedan unidas nuevamente comunión y misión como aspectos inseparables de la vida de la Iglesia, alimentados ambos por la misma fuerza eucarística.

Al tratar de la Celebración litúrgica, se relacionan también dos aspectos complementarios del culto cristiano, que “debe expresar la doble vertiente de la obediencia al Padre (glorificación) y de la caridad con los hermanos (redención), pues la gloria de Dios es que el hombre viva. Con lo cual lejos de alienar a los hombres los libera y los hace hermanos”. Y su fundamento es eucarístico, en referencia a la celebración terrena, pues la “celebración de la Última Cena está esencialmente unida a la vida y al sacrificio de Cristo en la cruz y lo hace cotidianamente presente por la salvación de todos los hombres”, y a la liturgia celeste descrita en el Apocalipsis, donde “los que alaban a Dios reunidos en torno al Cordero son los que muestran en sus vidas los signos testimoniales de la entrega de Jesús (cf. Ap 7, 13s).” (DSD 34). Estas ideas se desarrollan en el número siguiente, donde se confirma el valor evangelizador del servicio litúrgico, relacionándola con la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana, los tres ejes temáticos de Santo Domingo. (Cfr. DSD 35). Por lo tanto se rescata que toda la vida litúrgica, en la que ocupa un lugar principal sin duda la celebración eucarística, no se puede encerrar sólo en la vida intra eclesial, sino que se debe proyectar como uno de los fundamentos de la Nueva Evangelización a la que se convoca en esta Asamblea episcopal.

Por último retomamos algunas fórmulas teológicas con la que se expresa el lugar de la Eucaristía en la Iglesia Particular y más específicamente en la parroquia. En el primer caso, se citan palabras de Juan Pablo II en el Discurso Inaugural de la Asamblea, que al afirmar “la unidad de la Iglesia local, que brota de la Eucaristía”, siguiendo la tradición más antigua de la Iglesia, incorpora un dato diverso, al

expresar que en ella “se encuentra todo el Colegio episcopal con el sucesor de Pedro a la cabeza, como perteneciente a la misma esencia de la Iglesia particular” (DSD 55). La frase, referida a la Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión, la podemos comprender con una cita de dicha carta, donde se recuerda que “toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no sólo con el propio Obispo sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el entero pueblo” (Carta *Communio in notio*, 14). En cuanto a la parroquia, con citas de la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, se recuerda que “la parroquia está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística”, lo que permite considerarla más que desde la estructura, el territorio o el edificio, como “familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad”. Aquella misma definición que encontramos en Puebla para referirse a toda la Iglesia, se concreta ahora en la parroquia, comunidad de comunidades por medio de la cual “la Iglesia... se encuentra entre las casas de los hombres” (DSD 58).

Llegamos así a la Conferencia de Aparecida, reunida bajo el lema “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, y donde encontramos la presencia de la Eucaristía como fuente de vida tanto para los discípulos-misioneros, como para la comunidad cristiana como tal, y para los pueblos de América Latina y el Caribe. Retomamos ahora las expresiones más significativas de esta presencia eucarística ordenándolas en torno a los ejes correspondientes a cada parte del lema de la Asamblea.

Aparecida ha subrayado con fuerza la condición de discípulos de todos los cristianos, a partir del encuentro vital con Jesucristo. Y al mismo tiempo que todos somos misioneros, como dos realidades inseparables¹²⁵. Pues bien, la Eucaristía es definida en el documento como “alimento substancial de los discípulos y misioneros” (DA 25); en cuanto cumbre de la comunión trinitaria es también “principio y proyecto de la misión del cristiano” (DA 153); es “fuente y culmen de

¹²⁵ “El Papa, en su discurso inaugural, dijo con toda claridad que «discipulado y misión son como dos caras de una misma medalla». (...) La misión es parte inseparable del discipulado”. V. FERNÁNDEZ, *Aparecida. Guía para leer el documento*, p. 21.



la vida cristiana" (DA 175, a), y al mismo tiempo es "fuente y cumbre de toda actividad misionera" (DA 363). Y esto es así porque la Eucaristía "es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo", quien "nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo" (DA 251). De modo que se convierte en el medio fundamental para su crecimiento, hasta el punto que se afirma que "sin una participación activa en la celebración eucarística... no habrá un discípulo misionero maduro" (DA 252).

Queda afirmada el lugar central de la Eucaristía en la vida de los discípulos misioneros, desde el vínculo estrecho entre "las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística", de modo que por la celebración y asimilación del misterio pascual "toda su vida sea cada vez más vida eucarística" (DA 251). En otras palabras, "nuestra existencia cotidiana se convierte en una Misa prolongada" (DA 354). Siempre en el doble carácter de discípulos y misioneros, pues la Eucaristía es "fuente inagotable de la vocación cristiana", y también "fuente inextinguible del impulso misionero". Por eso en ella "el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido" (DA 251).

La Eucaristía es presentada también como vida de la Iglesia. Recordando el modelo de las primeras comunidades, los discípulos misioneros se reúnen y alimentan en la doble mesa del Pan y la Palabra. "En la Eucaristía, se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre y hermanos y hermanas en Cristo" (DA 158), y esto se aplica en particular para las parroquias "comunidades eucarísticas" (DA 175,a), ya que en ellas "se fortalece la comunidad de los discípulos, [y son] escuela de vida cristiana" (DA 175). Vida y comunión que se proyectan en la misión. Por eso "la Iglesia que la celebra es «casa y escuela de comunión» (NMI 43), donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora" (DA 158), y del mismo modo en la parroquia, por la celebración y la adoración eucarística, junto con la práctica del sacramento de la reconciliación "se preparan sus miembros en orden a dar frutos permanentes de caridad, reconciliación y justicia para la vida del mundo" (DA 175).

Desde la Eucaristía surge también la vida para nuestros pueblos, que “tienen sed de vida y felicidad en Cristo” (DA 350). Y la encuentran en “la Eucaristía [que] es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: «El que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57)” (DA 354). Esta vida se fortalece “cuando el discípulo renueva en cada celebración eucarística su alianza de amor en Cristo, con el Padre y con los hermanos” y así alimentado por su Palabra y “por el Pan bajado del cielo, quiere vivir la plenitud del amor y conducir a todos al encuentro con Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida” (DA 350). El sacramento del amor se traduce en una entrega de amor hacia los hermanos. Y en especial se hace exigencia de espíritu comunitario “abrir los ojos para reconocerlo y servirlo en los más pobres: «En el más humilde encontramos a Jesús mismo» (DCE 15). Por eso san Juan Crisóstomo exhortaba: «¿Quieren en verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No lo honren en el templo con manteles de seda mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre san Mateo, L, 3-4)” (DA 354). Una misión de vida que se sintetiza en el llamado del Papa Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de la Conferencia de Aparecida: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor que transformará Latinoamérica y El Caribe para que además de ser el Continente de la esperanza, sea también el Continente del amor!” (DA 128).

La Eucaristía, Pan de Vida, es presentada a lo largo de los documentos conclusivos de las Conferencias Generales del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe como centro de la vida de la Iglesia, desde la pequeña comunidad, la parroquia que se reúne en la Misa Dominical, la Iglesia local convocada en torno al altar donde celebra su Obispo, hasta la Iglesia universal, presente en la comunión episcopal con su cabeza, el Papa. Y al mismo tiempo como fuente para su misión, alimento del amor entre todos los fieles, motivo de solidaridad e impulso para trabajar por un mundo más justo, sobre todo cuidando a los más pobres, en quienes se descubre también al cuerpo de Cristo. Así lo hemos visto en especial en el texto de la Conferencia de Aparecida, como compromiso especial a seguir haciendo crecer esta dimensión eucarística de nuestra iglesia en la Misión continental a la que nuestros pastores nos han convocado.